

Arnold Briggs

EL INDICE ASESINO

El clima del estado de Wisconsin, es considerado muy saludable por sus habitantes, porque es fresco en verano y de un seco cortante en invierno. Los numerosos turistas del típico estado, consideran que más que un frío seco y cortante, en invierno son agujas frigoríficas las que se inyectan en el rostro del desprevenido visitante.

Para Simon Foster, nacido en Madison, la capital del Wisconsin, no había belleza que pudiera superar al lento aparecer de la primavera, cuando las nieves sonrosadas por el sol, iban fundiéndose.

Tenía la ventaja sobre muchos de sus conciudadanos, de no ser ferozmente localista. Había viajado a partir de sus veintidós años, cuando se alistó en la infantería rasa, provocando, con ello la repulsa de varios honorables miembros de la familia Foster.



Arnold Briggs

El índice asesino

Detective - 10

ePub r1.0
LDS 04.02.18

Título original: *The murderer finger*
Arnold Briggs, 1952
Traducción: Francisco Belda Cot
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El indice asesino
por ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

El clima del estado de Wisconsin, es considerado muy saludable por sus habitantes, porque es fresco en verano y de un seco cortante en invierno. Los numerosos turistas del típico estado, consideran que más que un frío seco y cortante, en invierno son agujas frigoríficas las que se inyectan en el rostro del desprevenido visitante.

Para Simon Foster, nacido en Madison, la capital del Wisconsin, no había belleza que pudiera superar al lento aparecer de la primavera, cuando las nieves sonrosadas por el sol, iban fundiéndose.

Tenía la ventaja sobre muchos de sus conciudadanos, de no ser ferozmente localista. Había viajado a partir de sus veintidós años, cuando se alistó en la infantería rasa, provocando, con ello la repulsa de varios honorables miembros de la familia Foster.

Tan patriotas como el que más, hubieran tolerado que Simon Foster se alistase en la marina o en la aviación, cuerpos de «élite», pero desdeñar academias y sin el menor aviso, mandar una postal en 1944, desde Long Island anunciando que «deseaba viajar gratis por Europa», soliviantó el círculo familiar Foster.

Viajó gratuitamente por el norte de África, por Sicilia, Nápoles y le dieron la licencia en París.

En 1947, una minoría selecta prefirió no volver a hablar del heroico ex combatiente, a los atribulados Foster. El círculo más amplio y rumoroso de la servidumbre, lamentaba no poder definir el motivo por el cual, a su regreso de Europa, dos años después de terminada la guerra, Simon Foster sólo permaneció unos diez días en su hogar de Madison.

No se sabía si lo expulsaron o se marchó. La rígida autoridad paterna, atajaba con un ademán concluyente cualquier alusión a la

«oveja negra» de la familia Foster.

Y durante tres años, Simon Foster hizo un recorrido con pocas variantes por el Estado. En verano, pescaba el salmón por el Norte, en Rhine Lander, como tripulante de una canoa comercial conservera. En invierno, formaba parte del equipo de aserradores de Appleton, al Este.

En otoño descansaba. Era una estación de belleza melancólica, más apta para el vagabundeo, por la costa del Michigan.

En primavera, reposaba también, recorriendo los caminos que iban floreciendo entre los centenares de lagunas al sudeste.

Su equipo era sencillo. Una mochila, por bagaje. Unas botas tobilleras, de suela gruesa pero muy ligera, de corcho. Un pantalón de pana, una camisa a cuadros, un jersey y una cazadora. Y dos prendas que cambiaba muy de tarde en tarde, eran su sombrero de fieltro, y su cazadora, porque se amoldaban a él como una caricia maternal.

No iba andrajoso, pero le hubieran negado la entrada en muchos hoteles. Prefería el tibio calor de los establos y la mecedora de los vagones de mercancías, con preferencia los que transportaban paja, alfalfa y ganado.

Fuerte, bronceado por la intemperie, jovial y amable, en muchos lugares de su recorrido halló honestas damitas que trataban decorosamente de hacerle comprender que era el hombre adecuado para compartir un sólido hogar.

Simon Foster huía de las honestas, en franca retirada casi cobarde. A las demás, les daba consejos humorísticos y también huía cuando se ponían sinceramente sentimentales.

Era «el inquieto y simpático vagabundo», sin raíces ni meta. Silbaba frecuentemente, volteando entre sus musculosos dedos, un junco o una ramita, según los caminos.

Nadie le había visto nunca triste, porque nadie estaba a su lado, cuando algunas noches, tardaba en conciliar el sueño.

Hasta cuando peleaba y era casi obligatorio, entre leñadores fanfarrones o pescadores coléricos, su propia bestialidad contundente, tenía algo de sano primitivismo.

Si salía malparado, no guardaba rencor, y si tundía al adversario, éste acababa por olvidarlo.

A mediados de mayo del 1950, Simon Foster, sentado en una

cerca que bordeaba pastos, junto a la carretera de Milwaukee a Fond du Lac, tiró la vacía botella de cerveza. La famosa y excelente «Lager Bier», sin rival en todos los Estados.

Estaba satisfecho. Las salchichas recién ingeridas eran prodigiosamente ligeras, clásicamente Franckfurt, y la lata recalentada de pichón con setas, había sido una delicia.

El atardecer era de tonos subidamente poéticos y decidió que debía intentar suerte y tratar de llegar a Fond du Lac antes de la noche, para lo cual necesitaba un coche.

Se colocó en postura muy visible cerca de la cuneta, preparado el pulgar. Solía tener suerte, a veces demasiada, como aquella vez que una honesta estudiante, que acababa de reñir con su novio, no sólo le aceptó de pasajero hasta Green Bay, sino que le ofreció la oportunidad de «regenerarse» con un buen empleo. Si aceptaba, le anticiparía una cantidad del sueldo, para afeitarse, vestirse en un buen sastre, «y dar rabia» al llamado Tom, un verdadero verdugo, según ella.

Diplomáticamente, Simon Foster habló de sus obligaciones ineludibles con respecto a una esposa y siete hijos. Pudo salir ileso…

Se aproximaba un elegante «Studebaker», una marca por la que Simon Foster sentía debilidad. Adelantó el busto, sonrió amablemente y tendió el pulgar hacia el Norte.

El coche no iba a gran velocidad. Lo conducía y ocupaba un solo individuo de rostro enérgico, que se encogió de hombros, al pasar delante del insinuante vagabundo.

Simon Foster también se encogió de hombros, torciendo el cuello hacia el Sur. Pero regresó a su primitiva orientación, porque de pronto, unos frenos habían chirriado estrepitosamente.

El «Studebaker» hacía marcha atrás, a gran velocidad. Simon Foster se apartó con elástica prudencia, siempre alerta su instinto de conservación. El coche frenó en seco, y de él saltó el conductor, brazos abiertos.

—¡Simms, muchacho endemoniado! ¡El legítimo Simms!

Simon Foster aceptó din reparos el abrazo violento, los palmoteos reiterados y cuantas exclamaciones prodigaba Robert Stanley, nacido en Madison, capitán de Estado Mayor, licenciado en 1946.

—Sube y vamos a celebrar este encuentro, Simms. No empieces a argumentar ni a discutir, porque no acepto excusas. Fuiste un gran compañero, eres un gran tipo, y te aprecio de veras. Te consta, y me ofendería ahora si empezaras con tonterías.

Simon Foster asentía a todo. También apreciaba a Robert Stanley, aunque hubiese preferido no encontrarlo. Estuvo tentado de negarse rotundamente, porque sin ser supersticioso, se le antojaba que si subía junto a Stanley, le sucedería algo desagradable.

Pero Stanley era un honorable individuo, metódico, organizado, y que tal vez por el contraste, durante la guerra, consideraba al cabo y después sargento Foster, el prototipo de hombre que él hubiera deseado ser.

Poniendo en marcha, Stanley rió con sincera alegría:

—Verte me contenta mucho, Simms. Esta noche en Fond du Lac, pensaba tan sólo cenar, y seguir viaje hasta Green Bay, donde dormiría. Muy aburrido… y mira por dónde se me aparece Simms, el gran hombre libre. Oye, Simms, conmigo no valen tonterías. Fuimos a la escuela juntos, nos encontramos en Italia y Francia, y yo no soy un majadero intolerante… Bien, perdona, pero te hablo con el corazón en la mano.

—Lo sé, gordito, y te amo.

Robert Stanley rió como si acabara de oír el chiste del año.

—Hago gimnasia y me doy buenas tandas de baños turcos. Pero me gusta comer a fondo. Tú sí que has dado con el sistema. Eres un hombre feliz, libre de preocupaciones, vas donde sopla el aire de tu capricho…

—Pero no tengo como tú, unos cientos de miles en el Banco. Bueno, hace ya un par de años que no nos vemos, desde aquel día en que desayunabas en Rhine Lander. Siempre de negocios. ¿Te casaste?

—Resistí lo más que pude, pero Elsa es tan sencilla y sana, que sucumbí.

—Elsa Norton te quería ya cuando íbamos a la escuela. ¿Cuántos críos, gordito?

—De momento no hemos escrito aún a París. Tengo sólo treinta años y he de madurar un poco para sentirme papá. ¡Ay, infiernos! Será idiota pero me emociona el tenerte a mi lado.

—Puedes besarme. Nadie nos ve, gordito.

Stanley rió a mandíbula batiente. Durante la guerra, un comandante de infantería había dicho que si el cabo Foster le hincaba la bayoneta en el estómago al capitán Stanley, éste lo consideraría una broma estupenda.

—Ahora cenaremos a lo grande, Simms.

—Acabo de merendar a lo suculento. Acababa precisamente de embutir unas salchichas y un pichón con setas. Pero te miraré cenar, y a lo mejor me excitas el apetito. Y… ¿qué tal por Madison, gordito?

—Todos los tuyos, bien. Lo de siempre. Tu madre… Somos hombres y no simples conocidos, Simms.

—De acuerdo, capitán. Adelante. Eres tú el único habitante de Madison al que yo pediría noticias de los Foster.

—Gracias, muchacho. Te llevo dos años, y me permitirás hablarte a lo hombre. Está bien que te guste vagabundear, y que no le encuentres aliciente al estrecho círculo «fosteriano», pero ¿has pensado en que tu madre te… bueno, que tu madre te tiene delirio?

—Y ella no me preocupa. Ella sabe que así soy casi feliz, y lo es también.

—¡Lo has dicho, lo has dicho! «Casi» feliz… Si tú volvieras a tu casa, tu padre al instante, te acogería con los brazos abiertos. Tu hermana Joyce…

—¿Vamos a dejarlo, gordito? Lo esencial es que estén todos bien. En la guerra, tú antes de la operación sabías dónde repicaría la artillería y dónde sembraría la aviación. Pero no sabías dónde contraatacarían los de enfrente. Ni yo podía entender tus cábalas, ni tú podías adivinar si «Jerry» surgiría de pronto por la izquierda.

—No es reproche ni es meterme en tus ideas, Simms, pero de vez en cuando, estando cerca de Madison, llegarte a ver a los tuyos… Bueno, no he dicho nada, ¡caray! Si fueras otro, te llamaría excéntrico y a otra cosa, pero tú me consta que tienes un corazón como una montaña, y tu mismo padre, con todo lo rígido y duro que…

—Mira el reflejo aquél, cómo se desliza sobre el río, suavemente. Lo besa y dentro de un instante, el agua se tornará gris, opaca, y después, negra. Un aire balsámico como éste, no lo fabrican más que en el Wisconsin.

—También la primavera en París, es algo supremo, bribón —comentó ya dispuesto a no insistir el ex Estado Mayor. Sabía ya que cuando Simon Foster fruncía el ceño de cierto modo, valía más variar de tema—. Aun recuerdo aquella morenita que te llamaba: «*¡Oh, mon petit trésor!*». Estaba loca por ti.

—Y yo por ella.

—El tiempo que duró tu semana de licencia en Lyon. Buenos tiempos aquéllos. Simms. No se pensaba en nada con mezquindad. Veíamos caer a tantos, que los pequeños problemas no tenían razón de ser. Y las amistades allí se consolidaban. Nada vale lo que un buen amigo, Simms.

Recuerdos de guerra, anécdotas tragicómicas… Stanley hablaba sin cesar, y riendo detuvo el coche, impensadamente ante el «Carlton».

Le tocó Foster en el codo.

—Me dejé el «*smoking*» en el «Ritz», gordito. Te esperaré aquí.

—¡Infiernos, soy un idiota! Pero faltaría más que quisieran impedirnos la entrada.

—Mi categoría me hace rechazar la sumisión a un *maître* con cuello duro, que te mira de arriba abajo, con desdén encubierto.

—Iremos al «River». Oye, un sitio típico de verdad, con cocina alemana y unas sirvientas graciosas, que saben llevar a la vez cinco jarras de cerveza en cada mano. Un ambiente simpático. ¿Lo conoces?

—De paso, sin insistir. No se debe estar mal.

En el «River», en la galería del piso primero, había unos compartimientos decorados con motivos tiroleses. En uno de ellos, Robert Stanley estimó que en aquella ocasión excepcional beber cerveza, sería caer en una modorra vulgar.

Pidió como aperitivo un vino seco, chispeante, que burbujeaba largo tiempo en los altos vasos.

Simon Foster tenía una gran capacidad estomacal, sobre todo si se hallaba en compañía que le fuera grata. Se acumularon en confusa procesión, especialidades de cocina, y selección de bodega.

A las onces de la noche, Robert Stanley, encendiendo su vigésimo cigarrillo, emitía de vez en cuando un hipo, y solemnemente decía:

—Te quiero, Simms, y a quien me lo discuta o se atreva siquiera

a negar que te quiero, lo mato.

Simon Foster asentía con grave seriedad. A él no le daba hipo, sino un salvaje brillo en los pardos ojos.

—Sea lo que sea, gordito, y se muera quien se muera, una cama blanda que se quede bien quieta, sin moverse como este maldito suelo, no nos vendría mal.

—¡Infiernos, qué gran idea, Simms! Ah, pero, juntos… Tú no te escapas ahora. Oír tus ronquidos, me llenará el alma de satisfacción.

—Ídem de ídem. Pero como se te ocurra despertarme para volver a contarme aquello de Paola, la que vendía cebolletas, te juro… vaya, no lo dudes, que te mataré. Chitón, vienen espías enemigos.

Entraba el dueño, muy obsequioso, presentando una cuenta a tono con el banquete.

Robert Stanley asumió un talante de hombre plenamente observador, para lo que contrajo las cejas y apretó las mandíbulas, temeroso de que un inoportuno hipo, le hiciera quedar mal.

Colocó un billete de cincuenta en el platillo y dijo:

—Mañana la liquidación. Dígame ahora el número de una habitación con dos camas confortables. Nos despertará a las ocho en punto. Vamos, Simms, seguiremos la discusión arriba.

El dueño les precedió, y en el piso segundo, se detuvo ante una puerta.

—Cuarto de baño, y todas las comodidades…

—Lo veremos, seguro que sí, buen hombre. Hasta mañana.

Cerrada la puerta, comentó Stanley:

—Le traté con decoro, pero a distancia, ¿te diste cuenta, eh?

Simon Foster apuntó con la mano izquierda hacia una de las dos camas. Musitó:

—La distancia más corta entre dos puntos, es la línea aérea.

Robert Stanley, acercándose a su cama, después de unos rodeos totalmente superfluos, se dejó caer sobre la espalda. Su voz se hizo suplicante:

—Sargento Foster: póngase el equipo ligero y salga en descubierta. He perdido el contacto con eso redondo que apaga el foco infernal.

—A la orden, capitán tripita.

Simon Foster, tras arañar prolongadamente la pared, encontró el

tablero de interruptores. Primero brotó una luz roja, después se convirtió en azul y por fin, reinó la completa obscuridad.

Desde su cama, Stanley aprobó:

—Magnífica labor, sargento Foster. Recuérdeme que le obsequie con una barra de chocolate… Te quiero, Simms.

Tendido boca abajo, colgante una pierna y un brazo, Simon Foster contestó con una serie de gruñidos poco coherentes.

Minutos después, a tientas, Foster logró cambiar la posición de Stanley, colocándole de costado. Cesó Stanley de roncar ruidosamente.

La habitación entera estaba metida en el interior de un «rotor» de parque de atracciones. Simon Foster se agarraba a la almohada, pero el techo seguía girando vertiginosamente.

Por fin, la pesadez venció al mareo de libaciones, y el sueño más anonadado, le liberó de aquella sensación de ser una minúscula peonza en el centro de una alcoba de caucho, valseando sobre un mar de fondo.

Se pasó la mano por la boca, porque le parecía que los labios los tenía convertidos en corcho. Emitió un quejido, porque tras su cabeza, se hundían miles de alfileres, al incorporarse.

Era necesario acallar aquel zumbido molesto y machacón, que no acertaba a adivinar de dónde procedía.

Por la ventana penetraba luz diurna. Se puso con dificultad en pie, asiéndose la cabeza. Fué recordando, y masculló:

—Te lo dije, gordito. No conviene mezclar como postre, la cerveza negra con *kirsch* y coñac. Esto tumbaría a un búfalo. ¡No te escapas, ya te tengo!

Asió el teléfono, que era la causa de su despertar. Una voz ceremoniosa le advirtió:

—… Las ocho y cinco minutos, señor. Buenos días, señor.

—… Enterados. Gracias.

Dejando el aparato en su soporte, Simon Foster se encaminó hacia el cuarto de baño, y abriendo los dos grifos, se quitó la cazadora, el jersey y la camisa.

Los dos chorros repicando sobre su cogote, empezaron a devolverle la natural normalidad. Cuando se hubo frotado cara, pecho y brazos, hasta convertir en rojeces el bronce musculoso, se sintió nuevo.

Silbando, mientras se secaba, intercaló la tonadilla del frente:

—«¡Levanta, soldado, levanta, que canta el gallo y hay que desplumarlo!». A la orden, capitán tripita. Son las ocho, y el enemigo ataca con fuerte granizada de sorbetes de fresa.

Soltó la toalla, y revistiendo tan sólo la camisa, avisó:

—Voy a pedir con la máxima urgencia, un bidón de jugo de naranjas y una manguera que chorree zumo de tomate. Lo mejor para colocar el estómago en su sitio. Tengo la boca como un parche, gordito.

Penetró en la alcoba, mirando al que vestido por completo y vuelto de espaldas, continuaba sin demostrar intenciones de levantarse.

—A la ducha, holgazán. ¿Tendré que vaciarte la…?

Simon Foster, junto a los pies de la cama, permaneció con las dos manos inmóviles a la altura del pecho, donde abrochaba un botón rebelde.

Había visto centenares de muertos… y centenares de compañeros durmiendo agotados. Había un algo diferente en los dos modos de estarse quieto.

Caminando de costado, como si temiera una emboscada, se aproximó al centro. Susurró:

—Gordito, no, no puedes hacerme esto a mí… No…

Sintió deseos de maldecir, pero no sabía a quién ni por qué. Miraba con fijeza el orificio en la frente del hombre acostado sobre su brazo izquierdo.

Un orificio encerrado en dos círculos. Uno negro y otro gris, hinchado. Un trazo rojizo bajaba desde la frente, surcando un pómulo, una mejilla, y perdiéndose por la almohada.

Lo que era insoportable para Simon Foster, es que muerto, Robert Stanley sonreía, plasmada en su boca una mueca divertida.

La bala que salpicó a quemarropa la piel con granulaciones grises al hundirse en el cerebro, debió sorprender a Robert Stanley, soñando con Paola, la vendedora napolitana de cebolletas.

En pie, conteniendo su respiración, notó Foster que algo quemante, se deslizaba por sus mejillas, después de arder en sus pestañas…

Su diestra avanzó, hasta quedar a plano sobre una mejilla fría. Intentó rezar, y de sus labios brotó un pueril ruego:

—Dadle un alegre amigo, Señor, porque era bueno.

No supo el tiempo que permaneció, deseando un milagro, deseando sentir calor bajo su palma. Pero sólo percibía la rugosidad de la piel sin afeitar, fría, fláccida.

Se revolvió con furia. No podía ya aguantar más aquella sonrisa. Cogió el teléfono:

—… Avisen inmediatamente a la policía. Mi compañero está muerto.

Dejó caer el teléfono, y a su vez se desplomó en la cama, golpeándose repetida y lentamente la cara con los dos puños.

El dueño, ante la inutilidad de sus llamadas, abrió con llave maestra.

Y así fué como encontró a Simon Foster, el sargento de la policía local William Thompson. Sentado en la cama, y dándose lentos golpes con los dos puños sobre la cara.

CAPÍTULO II

—Le llamaremos si le necesito —dijo Thompson, empujando hacia fuera al dueño, su esposa y a una criada. Cerró.

Dos policías de uniformé miraron con curiosidad al suelo. William Thompson también vió la pistola, pero no la tocó.

—Buenos días, usted. Trate de serenarse y explicarme lo sucedido. Soy el sargento Thompson, de la Comisaría del distrito. Explíquese.

Simon Foster bajó los brazos, apoyando las manos sobre los muslos. Relajó los músculos faciales, procurando también dar a su cuerpo un desmadejamiento total, para calmar su excitación nerviosa.

—Me llamo Simon Foster y ayer tarde hacia las seis, en la carretera de Milwaukee, esperaba un coche que me recogiera para traerme aquí. Pasó mi amigo Robert Stanley y vinimos a cenar. Hacía tiempo que no nos veíamos. Bebimos demasiado. Esta mañana, me despertó el teléfono y tras despejarme lavándome, quise despertar a Stanley. No sé más.

El sargento Thompson, sin brusquedad, opinó:

—Posiblemente, discutirían embriagados. Mala suerte, Foster. Debió ser un despertar desagradable. ¿Reconoce como suya esta automática?

Siguió Foster la trayectoria de la mano del sargento, viendo por vez primera la automática a dos pasos de la mesita de noche, sobre la alfombrilla.

Denegó con la cabeza. El sargento Thompson añadió:

—Por ahora no tengo en cuenta oficialmente sus negativas, Foster. Usted mismo telefoneó, y ha aguardado nuestra llegada. No empeore las cosas, negando lo evidente. Un jurado puede admitir

un homicidio…

—No, sargento Thompson, no… Yo no maté a Stanley, ni conocía siquiera la existencia de esta pistola. No he matado a Stanley.

—No se enfurezca, Foster. Una criada oyó decir a su compañero, textualmente: «Te juro que te mataré». Cuando entró el dueño, su compañero circunstancial, tenía el rostro muy ceñudo. Intente recordar el motivo de la discusión.

—Robert Stanley era uno de los pocos amigos que me quedaron de la guerra. Estudiamos juntos en el parvulario, y en la Universidad. En Madison. Nos emborrachamos anoche, y esta mañana… así me lo he encontrado. Nada más podré decir, sargento Thompson.

—Bien. Como usted quiera. Le tomaremos declaración oficial en comisaría. Iré después. Llévenselo.

Simon Foster miró a los dos policías que se acercaban. Uno de ellos balanceaba unas esposas. Thompson, mirando la pistola, gruñó:

—Si pretende escapar, tomen las medidas adecuadas. De momento, sólo va a declarar.

Simon Foster no se dió cuenta de lo que le rodeaba a su paso. Las miradas reprobativas del dueño, su esposa, la cocinera, criadas… Entró en el segundo coche ante la puerta, sin ver tampoco al grupo de curiosos.

Siguió en silencio hasta que, por el codo, uno de los agentes le indicó que se detuviera.

Miró al otro lado de lo que parecía un mostrador. Un sargento de uniforme, preguntó:

—¿Nombres?

—Simon Foster, veintiocho años, soltero, nacido en Madison.

—¿Acusado de…?

Respondió uno de los agentes:

—Ha de tomarle declaración el sargento Thompson, señor.

—Llévenlo pues donde corresponde.

Poco después, Simon Foster se sentaba en un taburete, acodándose sobre una mesa pintada de blanco. Una salita pintada toda de blanco, cuya única puerta era una cancela de barrotes, comunicando con un largo corredor.

La luz eléctrica hacía aun más blanco el cuadro de tabiques. En otro taburete, frente a él, al otro lado de la mesita, se sentó uno de los agentes, un hombre canoso, que parecía tener gran interés en examinarse la punta de las botas.

Simon Foster intentaba por todos los medios no pensar en Madison. Se impuso el recordar sus dos años de vagabundeo por Francia y Suiza. Allí no estaba Robert Stanley…

No supo que pasaban horas, y que era ya cerca del mediodía, cuando el otro policía, relevando al canoso, dijo:

—Si quiere beber agua, o fumar, dígamelo.

—Gracias. Si pudiera tomar un poco de café cargado…

El policía se acercó a la cancela repicando con su porra. Poco después decía:

—Beba antes que se enfríe, Foster.

Era la una y veinte, cuando el policía se ausentó. En el cuarto semejante a una sala de dispensario, entraron tres hombres. Uno era el sargento Thompson, otro un individuo con lentes, y el tercero, un hombre de paisano, alto, joven, de aspecto deportivo.

—Hola, Foster.

Simon Foster alzó la cabeza. Creía reconocer al deportista… que sin sonreír, especificó:

—Richard Trevor, Brigada de Homicidios de Madison. Tienes que acordarte de mí. Yo dejé la Universidad en el segundo curso de técnica comercial. Ingresé en la policía.

—Creo recordarte.

—Toma un cigarrillo, y vamos a charlar un poco. Al sargento Thompson ya lo conoces. Este señor es el segundo jefe del laboratorio. Según parece, anoche discutiste con Stanley.

—Bebimos, y puede ser que dijéramos tonterías. Pero… —Y encogiéndose de hombros, Foster añadió—: Como queráis. Tú pregunta, y yo procuraré ser lo más claro posible.

—El sargento Thompson telefoneó a la Central de Madison, para inquirir informes sobre ti y sobre Stanley. Me llamó el capitán O'Brady, y he venido aquí. Si quieres reconocer que el arma era tuya, y que tuviste una discusión con Stanley, será mejor para todos, Foster.

—La pistola con silenciador la vi por vez primera cuando me la señaló el sargento. No tuve discusión con Stanley, a no ser las

necedades que dice uno cuando está bebido. Me desperté y lo encontré muerto.

—La ventana y la puerta estaban cerradas, y sin señales de fractura ni forzamiento, Foster. No hay huella ninguna en la pistola. Le falta solamente una bala, la que se alojó en la cabeza de Stanley. Lamentaré que te moleste lo que voy a decirte. En el bolsillo interior de tu cazadora, estaba la cartera de Stanley.

Crispados los puños, Simon Foster inició un salto. El sargento Thompson, sin rudeza, le apoyó una mano en el hombro.

—Siéntese, Foster. No haga más difícil nuestra labor. El teniente Trevor pretende ayudarle.

—Procuro pensar con lógica, Trevor… Vamos a dar por bueno, que yo sea un indecente ladrón, que mató a su amigo… ¿Iba a telefonear y esperar a la policía?

—Pudiste pensar que estabas ya identificado por los del «River».

—De acuerdo. Pero entonces la cartera habría regresado al bolsillo de Stanley… Todo esto es ruin, Trevor; muy ruin.

Richard Trevor hizo con la mano un gesto. De la celda salieron el sargento y el perito de laboratorio.

Se sentó Trevor, conservando la gabardina, porque no hacía calor en aquella sala de interrogatorios.

—Escucha, Foster. En nuestro oficio, nos endurecemos y llegamos a desconfiar de nosotros mismos. Hemos de olvidar nuestras personales opiniones y atenernos a hechos. La reacción de uno que mata en arrebato, es muy ilógica. Compréndelo… Se tiene que poseer mucho estómago para matar y permanecer con el entendimiento despierto. Sin querer, Stanley pudo ofenderte. Háblame con confianza.

—No puedo decir más de lo que he dicho.

—Lo siento, porque obligarás al buen Thompson a emplear el método ordinario. El perito tomará tus digitales, por rutina, y Thompson se relevará con otros, rociándote con preguntas por rutina. Intentarán cogerte en un renuncio. Se cansarán, y te fatigarás.

—Gracias por tu amabilidad, Trevor, y lo digo sinceramente. Pero es como si quisieran sacar agua de un pozo seco.

—Bien. Ya nos veremos, Foster. Hasta pronto.

Salió Richard Trevor, y poco después el sargento Thompson y

dos agentes, empezaban a preguntar, alternándose.

A las seis de la tarde, moralmente cansado, con un cansancio moral, más que físico, Simon. Foster dijo:

—Para terminar con todo esto, ¿qué tengo que decir, sargento?

—La verdad, nada más que la verdad.

—Me refiero a que quiero ya terminar.

—Reconozca, pues, que el arma era suya, y que no recuerda cómo surgió la disputa ni cómo disparó. Los testimonios concuerdan en que usted y la víctima estaban embriagados. Poco antes de acostarse, debieron disputar. El forense establece la muerte de Stanley como ocurrida entre las once y la medianoche.

—Firmaré lo que sea, pero déjenme solo.

Firmó, siendo trasladado a una celda con camastro y lavabo. Se echó boca abajo. Eran las ocho, cuando un guardián abrió la cancela.

Ya le habían servido la cena. Se incorporó, y al reconocer al visitante, su rostro se crispó en mueca dolorida.

Alto y corpulento, Gregory Foster, tenía una natural severidad. Vestía siempre impecablemente, pero sólo dos colores: el negro y el gris obscuro.

Miró el hatillo de cazadora, jersey y sombrero abollado, sobre la mochila, en un rincón. Después, suspiró. Dijo sencillamente:

—Tenía que ocurrir, Simon. No podía ser de otro modo.

Su tono habitualmente conciso, seco, tenía ahora temblor apenado. Simon Foster se puso en pie. Trató de dominar el ansioso impulso de besar como cuando era niño la diestra severa, pero justa.

—Tú no puedes creer que yo maté a Robert Stanley. No puedes creerlo.

—Me atengo a los hechos, Simon. He venido a verte, porque… —Se quebró la voz de Gregory Foster, que bajando la cabeza, murmuró—: No tienes perdón, porque causarás la muerte de tu propia…

—¡No lo digas, padre, porque te arrepentirías! Ella sabe que yo no puedo cometer ninguna canallada.

—Propiamente no es el calificativo. Los señores de la policía, admiten que fué un arrebato producido por el alcohol. El teniente Trevor ha solicitado le entreguen el expediente. Hará lo imposible.

—Yo lo que quiero, es que vosotros, al menos vosotros…

Gregory Foster no pudo seguir siendo el severo juez de su hijo. No se movió, pero Simon Foster, impulsivamente, se abrazó a él.

—Eres un Foster, y tu obligación era cumplir conmigo, y no dedicarte a una existencia impropia, de mendigo errante… Ahora, ¿qué has conseguido? Tras una borrachera vergonzosa, con el alocado de Robert Stanley… Tu madre quería venir aquí. Ésta en el coche. No consentiré que te vea en este estado: Sucio, harapiento… Es vergonzoso, vergonzoso, Simon.

—Sí, padre —admitió él, dócilmente.

Tres años antes, al separarse, habían discutido acremente. Ahora, ambos, trataban de ser, cada cual a su modo, complacientes. Gregory Foster, paternalmente avergonzado, y Simon Foster, dócil, sin rebeldías.

—No tienes excusa en tus años de guerra, Simon. Otros fueron, y ocupan hoy cargos decentes y naturales. La vida no es como pensabas, Simon. La verdadera libertad se consigue con el aprecio de la sociedad, aportando cada uno, su porción de esfuerzo… El teniente Trevor me ha prometido que, en plena justicia, podrá conseguirte un mínimo de condena, ya que concurren atenuantes en tu… horrible acción.

—Lo que me duele, padre, es que ahora tú te sientes avergonzado.

—De mis pecados no serás nunca tú el responsable. En cambio yo sí lo soy de tus errores. Debí fustigarte, cuando me dijiste que nuestra casa con sus cursilerías, era una jaula de oro, en la que una ardilla como tú se moriría. Debí imponerme… En fin, hijo, esta dura y amarga prueba, quizás te demuestre que yo estaba en lo cierto. Volveré a Madison, apenado, pero no te preocupes por mí… hijo.

Un ronco sollozo arañó la garganta de Simon Foster, porque nunca había visto en los delgados labios de su padre, aquel temblor…

Gregory Foster dió media vuelta, despidiéndose:

—Más tarde, permitiré que tu madre te visite. Y procura dominar tu temperamento rebelde. No quiero oír quejas de tu comportamiento.

A solas, Simon Foster paseó unos instantes, arriba y abajo. Nunca había odiado a nadie y desconocía aquella pasión. Ahora,

acababa de trabar conocimiento con una de las más avasalladoras pasiones.

Se sentía capaz de torturar riéndose, de atormentar con suplicios refinados, a la persona que apretó el gatillo de una pistola con silenciador.

No podía olvidar la sonrisa de Robert Stanley…

Se durmió avanzada la noche, porque su cerebro era ya un caos de confusión.

Se despertó mucho antes de que el guardián dejara sobre el escabel empotrado, un jarrillo y un bollo de pan. Estaba paseándose, cuando volvieron a abrir la cancela.

Richard Trevor avanzó, señalando el hatillo:

—Vístete, Foster. Vamos al laboratorio. No quiero darte falsas esperanzas, pero en este momento, me alegro mucho al pensar que mi opinión personal pueda coincidir con la fría ciencia exacta. Hay un indicio favorable para ti.

Nerviosamente, Foster revistió su jersey, la cazadora, y se colocó el sombrero, abrochando los tirantes de la mochila. Gestos maquinales. Siguió apresuradamente a Richard Foster.

—Ayer tarde a las siete, me entregaron las diligencias previas, y pude actuar por mi cuenta. Deseé informarme a fondo sobre Stanley, y algo he obtenido. Pero…

Calló porque atravesaban el abierto rastrillo, y ya subiendo una escalera interior, prosiguió:

—Hay detalles a veces insignificantes, que tienen una solidez irrebatible. En tu desgracia, has tenido la suerte de que se presente un factor curioso.

Llegaban ya a un rellano, y volviéndose, añadió Trevor:

—Enséñame tus dos manos.

Extrañado, pero dispuesto a complacer en todo a Trevor, Foster extendió las dos manos. El detective frunció las cejas mientras, entornando los párpados, examinaba meticulosamente, palpándolos, los dos índices.

—Vamos bien, vamos bien —dijo complacido—. Sígueme.

Tres puertas más allá, en una sala con largos bancos de mármol, con probetas, microscopios y una serie de aparatos desconocidos para Foster, el individuo con lentes, uniformado, que la tarde anterior había tomado las huellas digitales de Foster, se acercó.

Bosquejó una sonrisa, al oír:

—Nada en absoluto. Lo que supuse.

El segundo jefe del laboratorio, cogió las dos manos de Foster, que totalmente aturrullado, dejó hacer. Por las muñecas, fué atraído hasta uno de los bancos.

El perito explicó:

—Haga el favor de ir rodando el índice diestro muy lentamente, apenas yo encienda la pantalla.

Un cristal se iluminó, y por debajo, fué Simon Foster haciendo girar con mucha lentitud su índice derecho.

—El izquierdo ahora, señor Foster.

«Señor Foster», pensó alborozado. No entendía una sola palabra de todo aquello, pero volvía a ser el «señor Foster».

—Bien —dijo el técnico, apagando—. Cara arriba la yema de su índice derecho. Gracias.

Sintió Foster un agudo pinchazo, y vió como al término de lo que parecía un lápiz, rematado con un cuentagotas, se redondeaba una bolita de su sangre.

—Cuestión de minutos, teniente.

Richard Trevor tocó en el hombro a Foster.

—Es hora de que comprendas. Ven aquí.

En el mismo banco a su extremo, había varias cartulinas negras, brillantes, tensas entre pinzas y grapas. Al encenderse tras ellas una luz, se destacaban diversos objetos. Una pistola entera y después, por fracciones.

Con un puntero, Trevor señaló la que reproducía el portagatillos.

—No sé por qué razón, pues la pistola había sido ya sometida a los rutinarios procedimientos, se me ocurrió revisarla. No puedo razonar por qué…

—Quizás porque eres un buen detective y querías ayudarme.

—Puede que sí. Se habían limitado a comprobar que la bala que mató, procedía de esta pistola, sin hallar huellas. El examen ulterior, pertenecía al cuerpo pericial que fuera nombrado, para proseguir la investigación. Descargué el arma, y con los guantes de amianto, apreté el gatillo. Un gesto maquinal. Era duro, muy duro. Examiné con lente de cien aumentos, el gatillo. Míralo.

Absorto, Foster se aproximó a la Cartulina, donde el puntero recorría ahora un contorno:

—Hay un defecto de fabricación, y si te fijas bien, verás algo así como una rebaba en el metal, un sabiente acerado que sobresale del montaje donde juega el gatillo. Al apretar el gatillo, y lo hice muchas veces, rodeando el índice del guante con papel parafinado, se hundió este saliente en el papel, dejando una huella cada vez que apreté el gatillo. Llamé al técnico y su ayudante. Desmontó el gatillo, y tras someterlo a examen, halló lo que la vista más aguda no podía ver. Un trapo, un pañuelo, ya lo sabremos, fue frotado con vigor en torno al gatillo. Tal vez el asesino quería solamente quitar la sangre que atribuyó a la víctima, atribuyendo también su pinchazo a cualquier otra causa. Lo cierto, es que tuvo que causarse una incisión penetrante en su índice. La microscópica huella de sangre hallada pertenece a un grupo bien delimitado: linfático fundamental, de no sé qué clasificación. Tú tienes los índices y todos los dedos muy desprovistos de arañazos y cortes. Simple formulismo, el estudio que ahora está…

Entraba el técnico llevando una patinilla de cristal. Dijo:

—No tiene usted nada de linfático, señor Foster, ni pertenece al grupo
«Seg-2».
Le felicito, porque ha tenido suerte, señor Foster.

—Gracias, doctor —balbució Foster.

Por el codo, Trevor lo atrajo fuera de la sala, y así lo condujo hasta el vestíbulo de salida, diciendo al pasar:

—Bajo mi responsabilidad, anote la salida definitiva del declarante libre de cargos, señor Simon Foster.

En la calle, mostró Trevor un cuatro plazas «De Soto».

—Te llevaré, Foster.

Simon Foster se sentó junto al volante. Arrancando, manifestó Trevor:

—Tengo que regresar a Madison.

—Bueno. Oye, muchas gracias… Tú… ¡Alto!

—¿Qué sucede? —quiso saber Trevor, sin disminuir la velocidad.

—No vuelvo a Madison.

—Tu vida privada, tu manera de pensar, no me pertenecen, pero hay algo que sí quiero decirte. Tu madre y tu hermana, me visitaron anoche… y tú vas a verlas ahora, para que se queden tranquilas.

—No comprendes… Tú irás a Madison y las tranquilizas. Yo volveré, cuando haya podido apreciar cómo muere un cerdo, porque sólo un vil animal pudo matar al bonachón de Robert Stanley.

—Lamento defraudarte, pero Stanley no era tan bonachón como suponíamos todos. Ocurre que muchas vidas siguen siendo honorables, mientras no tenga que bucearse en ellas.

—Stanley era un hombre de negocios irreprochables.

—Sí, sí, así parecía. Vendía sobre todo mecanismos muy ingeniosos. Cajitas de música, exportadas de Centroeuropa, radios de bolsillo, televisores mínimos, aparatos de precisión. Era un técnico en mecanismos complicados. Dime: ¿oíste hablar de Sterling Racine?

—Cada vez que en el interior del perímetro de Wisconsin, muere a tiros un ser humano, la policía interroga a Sterling Racine, y siempre queda inocente… ¡Canalla! ¿Crees tú que es Racine el que…?

—No, no, todo lo contrario. Si tan honorables eran los negocios de Stanley, ¿por qué era tan amigo de Sterling Racine? ¿Por qué los veinte mil dólares que llevaba en la cartera, corresponden a igual cantidad que salió de una cuenta corriente de Sterling Racine en el «Brussels Bank» de Madison?

—Bien. Quisiera saber una cosa, Trevor. ¿Estoy o no estoy libre?

—Por completo.

—Entonces, déjame en Watetown. Te lo ruego… Otra prueba más de tu amistad nueva, si no discutes.

—Me limitaré a decirte, que es poco digno de tu verdadero carácter. Todos los informes en Rhine Lander, Appleton y la costa Este, te presentan pendenciero, pero noblemente leal. Si tu padre te echó, si ayer te habló con dureza, has de comprenderlo.

—Tiene toda la razón, pero yo he de encontrar al que mató a Stanley. No me importa que Stanley estuviera metido en negocios sucios; me tiene sin cuidado. Para mí erar el «gordito», era un compañero de fatigas, era un amigo cabal.

—A mí me pagan un buen sueldo al mes los contribuyentes. ¿Y por qué crees que se rascan el bolsillo?

—De acuerdo, Trevor. Es tu oficio detener a los culpables. Pero a mí, todo me sabría a vinagre en mi casa, mientras el cerdo que

mató a Stanley, anduviera por ahí. He estado vagabundeando, con fusil al hombro primero, y con mochila después, cerca de siete años. Tenía ideas absurdas, y aunque me cueste al principio un poco de sacrificio, haré lo que quiere Gregory Foster. Me embutiré en cuello duro, sonreiré en un despacho lujoso, y procuraré ser un consciente ciudadano. Díselo así a mi viejo. Pero ahora, tengo que sacarme una espina muy dolorosa.

—Ya está fuera. Bien, eres libres, y no hay Ley que te impida recorrer campos, montañas, valles y ciudades. Pero Sterling Racine no tiene que ver con la muerte de Stanley, al menos en mi personal opinión. Diré más. La muerte de Stanley le ha sentado muy mal. No negó que fueran suyos los veinte mil dólares, que entregó por la compra de unos aparatos electrónicos. Pero no debes ir a hacerle preguntas tontas… Tiene tres residencias: en Green Bay, en La Crosse y en Madison. Olvídate de él.

—Watetown.

Detuvo el coche Trevor. Se apeó Foster, tendiendo la diestra:

—Le dices cuanto antes dije a Gregory Foster. Y a mi hermana Joyce, que vaya sacándole brillo a una docena de cuellos duros de mi número. Y a ella… cuanto le digas será poco. Mejor que no aludas a nada de Stanley. Simplemente que acabaré de meditar unos días, para regresar plenamente curado de mi absurda pretensión de ser un Foster vagabundo.

Richard Trevor asintió, agitando la mano:

—Vuelve cuanto antes a tu casa, Simon. Es tu sitio.

Simon Foster se sentó en el altozano de la cuneta. Su primera visita sería para Elsa Stanley, la «mujer sencilla y sana», la esposa ideal de Robert Stanley.

CAPÍTULO III

Madison: una estrecha franja de tierra edificada entre dos lagos. El Mendota al Este y el Monona al Oeste. Pero la estrecha franja de tierra se extiende muy prolongadamente de Norte a Sur, en largas avenidas sombreadas, cortadas regularmente a cada media milla por un parque.

Es una ciudad que impresiona por su sensación de orden, de limpieza, y donde todos sus habitantes se sienten muy orgullosos de la fama de pulcritud bien merecida.

Por eso, el vagabundo necesitado de los servicios de un barbero, que asomaba melena negro azabache bajo el retorcido sombrero astroso, era mirado con unánime reprobación por las amas de casa, que hacia el mediodía, se ocupaban de sus quehaceres.

Casi a un extremo de la ciudad, estaba la casa de dos plantas, con jardín en rededor, que dos años antes se hizo edificar Stanley.

Elsa Stanley, sensatamente, indicó que sobraba espacio, pero Robert Stanley manifestó que tan pronto empezaran los encargos a París, no se detendría hasta que le fueran servidos doce pedidos.

Simon Foster sacudió la manecilla de la verja. Se acercó una mujer de edad, que con ceño colérico, dijo con sequedad:

—Siga su camino. No es ésta la casa, ni el día para…

—Lo sé, buena mujer. Avise a su señora, que el hombre que Stanley llamaba Simms, necesita verla con urgencia.

Ella dio media vuelta, para al cabo de un minuto, abrir la verja, tratando de disimular su asombro.

—La señora le recibirá arriba. Está un poco indispuesta. Usted ha de saber que la pobre señora…

Se calló porque Foster subía de dos en dos las escaleras. Había una puerta abierta en el ala izquierda, al fondo.

Una antesala, donde revistiendo un abrigo obscuro sobre su bata de dormir Elsa Stanley, la plácida descendiente de alemanes, desde su sillón, hizo un gesto invitador.

Simon Foster se aproximó a ella, e inclinándose, cogió la diestra de Elsa Stanley. La apoyó en su mejilla.

—Yo… nunca lo creí, Simms. Cuando me lo dijo un policía, no lo creí. Y cuando hace una hora apenas, me telefoneó el teniente Trevor, le dije que no debieron haberte hecho sufrir. No querían hacerse cuenta de que Robert te tenía un cariño grande.

—Se quedó sonriendo, Elsa… porque había hecho un buen negocio, me había encontrado, habíamos bebido a gusto, y sonreía, ¿sabes? No sintió nada en absoluto. Se marchó sin pena… contento. ¡Dios, por lo que más quieras, Elsa! No te contengas.



Ella colocó sus dos manos a cada lado del cuello…

—He llorado cuanto podía llorar, Simms. Ha sido muy amable conmigo el teniente Trevor, muy fino. Yo no podía decirle nada, puesto que nunca quise hacer preguntas a Robert: Él quería para mí una casa bonita, y la tengo. Él quería para mí, una cuenta corriente abundante, y… la tengo.

—Muy bien hecho, Elsa.

Besó él rápidamente la mano, y se sentó enfrente. Bajó la voz:

—En la guerra, fue todo un hombre. Podía quedarse agazapado en los puestos de mando, pero venía con nosotros. Un jovial valiente… Y se marchó, mientras yo dormía. Tú sabrás comprenderme, Elsa. Me consideraría yo el último de los desagradecidos, de los falsos amigos, si… me cruzara de brazos a esperar. Yo haré pagar muy caro esta canallada al que la cometió, sea quien sea. ¿Me comprendes, Elsa?

—Tú eras el amigo que más quería Robert.

—No me importa que el «gordito» haya robado, haya traficado en lo que sea, haya matado si le fue preciso. No me importa. Yo sólo quiero oírle crujir el cuello al qué… Bueno, tú me entiendes. Pero has de ayudarme, Elsa.

—Eras un estudiante, cuando le dijiste a Robert, que yo era una chica hecha a la medida para él, porque en dándome una gran cocina, hasta dormiría en ella. Y que sabría esconder mis celos. Robert era el mejor de los hombres para mí. No me preocupaba que en sus viajes conociera a otras mujeres. Yo sabía que sólo había una Elsa en Wisconsin. Te he comprendido, Simms.

—Si alguna vez invitó a cenar a alguna mujer, puedes estar segura que tenía que tomar bicarbonato, y venía aquí, como un culpable.

—Eso es y por ello más le quería. Pero… hubo una mujer. No lo diré a la policía, Simms. No quiero que echen barro sobre la tumba.

—Hay un hombre llamado Sterling Racine.

—Sí, también. Un mal hombre, Simms, pese a sus modales. Un mal hombre. Pero todavía es peor ella. Créeme, Simms… yo no hablo como mujer celosa. No podía tener celos, porque su parte más limpia, el trozo de corazón donde guardaba Robert sus buenos sentimientos lo compartíamos tú y yo. Pero esta mujer era perversa. Lo envenenaba. Que Dios la perdone, porque yo no puedo. Se llama Sybil Martyn, y hubiera disfrutado quitándome a Robert. Que no sepa ella que eras amigo de Robert. Es perversa, y bonita. Ten cuidado, Simms… Puede que ella sepa mucho, pero no te lo dirá.

—¿Dónde vive?

—Posa para fotógrafos de revistas de todas clases en Green Bay, en La Crosse y en Madison. En cada uno de estos sitios, tiene un estudio. Ahora está en Madison, y tuvo la osadía de acudir al

entierro. Fué un escarnio, porque vino vestida de negro. Que Dios la perdone, porque yo no puedo.

—¿Alguien más o algo más, Elsa?

—Robert tenía un taller personal en la otra casa. Un día, quemó todos sus papeles y destruyó sus aparatos. Fué cuando vinimos a vivir aquí. Ya no trabajó más en casa… Hacía viajes de siete y ocho días. Nunca le pregunté nada, y me lo agradecía. Le gustaba vivir bien, y me traía siempre cosas muy prácticas para la casa, y más ropas y joyas que pudiera yo desear. Y siempre me decía que todo estaba en regla, que no me preocupase. Nunca me habló de Sterling Racine ni de Sybil Martyn, pero estas dos malas personas, han de saber… Y no te diré que no vayas a verles, porque sería ofenderte, Simms, pero… no seas leal con malas personas, Simms. Nada más sé.

Simon Foster se levantó, e inclinándose besó en ambas mejillas a Elsa Stanley, que le correspondo de idéntica manera.

—Me gustaría que fueses a visitar a mi madre. Lo harás. Le dices que muy pronto yo seré el Foster que ellos quieren.

—Así es como debe de ser, Simon Foster. Y… rezaré por ti. No soy muy inteligente, pero Robert no ganaba tanto dinero porque sí. Ten mucho cuidado, Simms. Rezaré por ti.

Simon Foster en la calle, sintió aún más intenso el odio contra el que apretó un gatillo que dejó su huella en el índice asesino.

Sybil Martyn, una belleza que posaba para fotógrafos. Sterling Racine, un aventurero al que nunca pudo demostrársele nada en contra. Éstas eran las dos personas a las que iba a dedicar su plena atención.

CAPÍTULO IV

Harold Schomberg, fotógrafo de arte, asomó la cabeza:

—El siguiente, por favor.

Conservaba aún el deje germánico, aunque llevaba once años residiendo en Wisconsin, y dos en Madison.

Miró profesionalmente al joven bronceado de tez, de ojos pardos, y negrísimo cabello largo, bien cortado al igual que su traje azul claro. Una camisa color crema, una corbata amarilla…

—Habrá leído las tarifas, señor.

—Yo vengo de lejos, y he hecho ahorro. Una foto de arte puro, puede costar hasta cien dólares, ¿no?

—Y también más, ¡oh, sí, señor! Hay los juegos de luces, que si se aciertan, y en esto consiste el arte, dan realce a la figura.

—Verá, me han dicho que posa para usted una señorita a la que he visto algunas veces. Yo no sé si debo decírselo, porque es muy confidencial.

—Un fotógrafo es como un médico, señor. ¡El secreto profesional!

Las «erres» redoblaban como tambores en el paladar de Schomberg.

—Yo quisiera una foto a mi gusto, tal como al soñar, veo a la señorita Sybil Martyn.

—¡Oh, caramba, mi joven y pícaro señor! —Gargajeó el fotógrafo—. Esto es delicado.

—Un vestido primaveral, y las manos cruzadas sobre el busto. Me da vergüenza, pero es así como la veo soñando, y ojos abiertos.

—Un cuadro artístico, ¡oh, sí, señor! Yo puedo advertir a la señorita Martyn, pero ella es muy solicitada, y en un caso así, no creo que acudiera por cifra inferior a cien dólares.

—Y otros tantos para usted, son pocos, señor Schomberg. Yo admiro sus fotografías.

—Bien, bien, muy complacido, muy de veras. ¿Usted es del Oeste, no?

—Sí. Tengo rancho, y he venido a pasar unas semanas, pero desde que he visto las fotografías de la señorita y pude verla de cerca… me cuesta pensar en regresar al poblado.

—Es una belleza sin par. Son ahora las once… Vuelva usted a las doce y media. Se hará lo posible, señor…

—Simms.

—A las doce y media, señor Simms.

Apenas se hubo marchado Foster, el fotógrafo marcó un número en el teléfono.

—… Acaba de despertarse Sybil Martyn, y no tiene buen humor —contestaron—. ¿Quién es?

—… Soy Harold, simpática Venus. Acaba de salir un ranchero rico, que está enamorado. Quiere una fotografía con vestido de primavera, manos cruzadas, y es un provinciano completo. Paga cien dólares. Un buen despertar, ¿eh, simpática Venus? Cincuenta dólares por cinco minutos, no es…

Ya habían colgado el aparato.

A las doce y veinticinco minutos, Simon Foster entraba en el estudio fotográfico.

—No se impaciente, señor Simms. La señorita Martyn no tardará. ¿Quiere que le firme un recibo? Ella es muy aristocrática, y le repugna coger el dinero.

Colocó Foster sobre una mesita dos billetes de cien, que sacó de una cartera repletísima, aunque sólo eran billetes los de encima, siendo recortes de periódico los inferiores.

—El recibo no se usa en mi comarca, señor Schomberg. Basta la palabra.

—Excelente medida. Iré preparando las baterías. ¿Un fondo obscuro?

—Liso. Nada más que ella, sólo ella, de cintura para arriba. Una foto bien clara. Me gustan así.

—Un gusto refinado, ¡oh, sí, señor, sí!

A la una menos cuarto, Schomberg había variado de sitio diversos artefactos completamente innecesarios. Arguyó:

—Habrá tenido que elegir un vestido plenamente cromático que… ¡Es ella! Llama siempre dos veces cortas y una larguísima.

Tan larguísimas, pensó Foster, que no dejó de sonar el timbre, hasta que no abrió la puerta el propio Schomberg.

Hizo ella su aparición. El cabello cobrizo, en brillantes reflejos, caía en lacias ondulaciones sobre los hombros. Un óvalo perfecto donde se engarzaban dos anchas pupilas de un claro azul. Una boca de dibujo firme, donde el labio inferior avanzaba desdeñoso.

El cuerpo era una tentación moldeada en un estampado negro y gris, con dos flores artificiales de un rojo explosivo en el vértice del escote en punta.

Simon Foster se inclinó como el caníbal ante su fetiche. Ella tendió una mano enguantada con gesto de infinito aburrimiento.

—¿Qué tal, señor…?

—Señor Simms, simpática señorita Martyn —declaró el fotógrafo —. Un caballero de muy buen gusto.

—Su rendido admirador muy bien intencionado, señorita Martyn.

Ella estimó que aquel provinciano, era guapo y casi elegante. No debía estar muy acostumbrado a llevar cuello cerrado, ni americana.

—Encantada de conocerle, señor Simms. Puede llamarme Sybil. Entre artistas, menos ceremonias. Le llamaré Simms a secas. Nosotros, los artistas, somos muy sensibles a la cortés admiración. ¿Dónde me coloco, Berg? Le llamo así, porque el principio parece un estornudo.

El alemán rió, y Simon Foster trató de hacer lo mismo. Observaba el modo con que Sybil Martyn se quitaba los guantes.

Murmuró:

—En el poblado me envidiarán, cuando les diga que usted fué tan generosa que consintió en darme su fotografía.

Ella se sentaba donde le indicó, Schomberg que le alzó el rostro, alisando una onda, levantando un frunce, y por fin, asiéndole las muñecas, le colocó de plano, bajo las dos flores artificiales, las dos manos.

Retrocedió unos pasos, diciendo, a la par que juntaba sus yemas sobre los labios y lanzaba un beso:

—Exquisita, divinamente pagana y mística.

—Que opine Simms. ¿No le parece, Simms, que así, con las manos de este modo, pareceré un anuncio de píldoras estomacales?

Simon Foster contemplaba los dedos largos, redondeados, de índices sin la menor arruga, blanquísimos…

—Una posición natural, señorita Martyn —indicó Foster.

—Sybil, que es nombre que me encanta y deleita.

—Una mano sobre el hombro izquierdo y la otra en el codo, ¿qué tal? —propuso el fotógrafo, deseoso de acabar de una vez.

—Me gustaría, Sybil.

—Adelante, pues. Pero el busto pierde valor, Berg. Tengo una pose especial, de éxito.

Ella colocó sus dos manos, a cada lado del cuello como si esponjara su melena, en alto los codos, en escorzo hacia atrás garganta y cabeza.

Simon Foster dijo:

—Ideal, Sybil, ideal.

—Con este gesto Rita se casó con Ali. Adelante, y que salga ya el pajarito, Berg.

Tenía ella mucha práctica, y se limitó el fotógrafo a sacar dos placas, con dos juegos de luces.

—A las cinco de la tarde, tendrá la fotografía, señor Simms. Voy a mi laboratorio. Tanto gusto, y hasta la tarde. Hasta cuando quieras, simpática Venus.

—Yo si me atreviera, a invitarla a lo que tenga por costumbre, Sybil…

—Adelante, centauro. Usted tiene aspecto de desbravador o de marinero contrabandista, Simms. Podemos ir al «Oshkosh».

—Doble estornudo.

—Vaya… Parece que va despertando. Tiene usted un brillo medio salvaje en los ojazos, Simms. No me gustaría hacerle enfadar. ¿Tiene el coche abajo?

—El chofer quería ver a un tío suyo, y le dejé. Pero si llego a saber que tendría el honor…

—Bueno, da igual. El «Oshkosh» está casi al lado. Va allí la gente interesante de Madison. Siempre que estoy por aquí, si me pierdo que me busquen en el «Oshkosh». Salvo dormir, le sirven a uno de todo. ¿Dónde vió mi primera foto?

—En el «Galant Girl» de abril.

—Psé… Flojilla. Me sacó una sombra en la cadera.

En la calle, los transeúntes deslizaban una rápida mirada elocuente. Ella se cogió del brazo de Foster. Murmuró:

—«¡Giii!». Parece como si llevara los brazos forrados de hierro. Así se siente una protegida.

El «Oshkosh» era un club, que nunca frecuentaría un Foster, o cualquiera de sus conocidos. Rutilante de dorados, cristales y con diversas tonalidades de luces, era para Sybil Martyn el «*summum*» de la distinción.

Se sentó en uno de los medio divanes, a un lado. El camarero, aguardó:

—Lo que usted pida, Sybil.

—Un «Alexandra» para mí. Y trae la lista, a ver si por fin, tenéis sesos y langostinos, y espárragos con mayonesa. Un *whisky* legítimo para mi galán, que tiene mal genio.

Se alejó el camarero, y ella añadió:

—Se está bien aquí, aunque es pronto. ¡Ésta sí que es buena! Lo veo y no lo creo… A la una y pico, como si dijéramos plena madrugada, y está él aquí. No te pongas celoso, Simms. Bueno ya podemos tutearnos. No es que él no haya intentado hacerme el amor, pero yo no soy capricho de un fin de semana. Soy así.

Mientras hablaba miraba hacia un individuo que acababa de entrar. Fornido, rondando los cuarenta, pelirrojo, llenaba bien sin adiposidades, la ancha chaqueta de tejido exclusivo, de cuadros atinadamente escogidos.

Una camisa de nylon azul, un pantalón de franela gris, unos zapatos de antílope azul y una corbata escocesa también exclusiva.

El rostro era afilado de ojos muy juntos… Siniestramente original.

—Es Sterling Racine —susurró ella—. Alguien grande. Si quisiera invernar en el infierno no le quedaría más remedio al diablo que desalojar. Listo como el que más. Y tiene unos golpes graciosos.

Sterling Racine saludó ondeando dos dedos a varios concurrentes. Al llegar frente a la mesa donde ya Sybil Martyn sorbía por tres pajitas su cóctel, se detuvo.

—Hola, Sybil. Estás muy de acuerdo con el tiempo —dijo Racine. Su voz era flexible, rica en cambiantes matices.

—Te presento al señor Simms, del Oeste. El señor Sterling Racine. ¿Te espera alguna víctima de tus ociosidades crueles?

Sterling Racine, dando una cabezada sonriente y hacia Foster, expuso:

—Bien te consta, que no soy yo tan afortunado como el señor Simms. No has aceptado nunca mis invitaciones a compartir mi comida.

—Porque son para las doce de la noche, y en sitio donde no puedo pedir socorro. Estás muy amable hoy, Sterling.

—Será la primavera que bate con todo su esplendor. Bueno, nena, ¿y si te dieras una vuelta por el parque? Coge mi coche, y Bradock te llevará.

Ella se puso en pie rápidamente, escurriéndose. Simon Foster atajó:

—No me gusta su modo de hablarle a Sybil…

Ella estaba ya camino de la puerta. Sterling Racine hizo un ademán apaciguatorio.

—Perdóneme, si he sido incorrecto, pero esta señorita tiene la cabeza a pájaros, y como he de rogarle me conceda unos minutos de charla, he preferido nos quedemos solos.

—Puesto así, no puedo tomarlo a mal.

—Si me lo permite, pediré un «Cinzano».

Se sentó, y sin haberlo pedido, ya el camarero colocaba ante él, una copa especial, descorchando una botella de «Gran Reserva Cinzano».

Sterling Racine repicaba con las manos de uñas pulidas, sobre el reborde de la mesa. Apenas se hubo ido el camarero, dijo:

—No me achacan curiosidades indiscretas, señor Simms, pero está usted en su ciudad natal, y no está bien que engañe a un fotógrafo idiota como Schomberg, y a una mariposa vulgar y estúpida como Sybil. Ayer por la mañana, salió usted de visitar a la señora Elsa Stanley, con su atuendo excéntrico, y hoy aparece, afeitado y con ropa nueva. ¿Le resulto quizás impertinente, señor Foster?

—No veo la razón. El diminutivo de mi nombre es Simms, y fué Schomberg el que me bautizó del oeste. En cuanto a Sybil, prefiero que no sepa que soy de los Foster. Me gusta ella, no lo puedo remediar.

—No ignoro que es hermosa, pero usted es distinguido, señor Foster. No podría soportar a Sybil, salvo poniéndole un bozal. Ya ve, yo mismo, ¿qué soy? Un hombre que salió de la nada, sin abolengo familiar, y sin embargo, no podría soportar la charla grosera de esta bonita criatura, más allá de unos segundos.

—Mis gustos han ido vulgarizándose.

Los penetrantes ojos separados escasamente por el afilado caballete de la nariz, tuvieron un destello regocijado…

—Usted nació en familia aristocrática, y casi aseguraría que sus aficiones tienden a la aventura. Pero hay una verdad innegable, señor Foster. Cada uno lleva su sello. Yo puedo muy bien bordear senderos sobre abismos, porque mi padre fué un cazador francés que murió en la horca. Era un gran hombre, pero de genio duro. Yo puedo muy bien recorrer laberintos, porque mi madre leía el porvenir en su carreta. La quise mucho y cuando se despidió para siempre de mí, vino a decirme que mi porvenir sería dificultoso, si pretendía salir de mi ambiente.

—No atendió usted la predicción.

—¿Eso? —Y Racine hizo un amplio ademán desdeñoso, abarcando en rededor—. Sablistas, jugadores de ventaja, bailarines gigolós, damas descalificadas… Un ambiente vulgar, aunque se perfumen y hagan remilgos todos, menos Sybil. Usted asegura que en busca de un contraste, ha acompañado a Sybil. Es curioso… Hace cierto tiempo, también yo sentí con toda su fuerza lo que es un contraste. Iba en mi coche, y por poco el estúpido de mi chofer, no atropella a una señora que iba en compañía de una señorita. La señora, toda una dama, me sonrió, aceptando mis sinceras excusas. La señorita, es joven… miró muy lejos, por encima de mi cabeza. Créame, fué como si yo, en vez de medir un metro ochenta y pesar ochenta y cinco, fuera una mota de polvo.

Simon Foster no había probado el *whisky*. Racine añadió:

—Un sorbo de este «Cinzano» le sentará bien, señor Foster. La dama era la señora Clarisa Foster, y la señorita era Joyce.

—¿Y el chofer, qué?

—Tuve el placer de romperle dos costillas, y enviarlo al dentista. No me intérprete mal, señor Foster. Sé muy bien que para mí, la señorita Joyce es como la estrella para el gusano… aunque sea gusano de luz. Pero desde aquel día, por más esfuerzos que hago, se

empeora mi mal.

—En otro hombre lo que está diciendo resultaría ridículo. No sé por qué, en usted, es casi un homenaje.

—Interprételo así, señor Foster. Recientemente le importunaron los caballeros policías. Por lo que sea, pudo usted demostrar su absoluta honorabilidad, aunque le encontraron junto a Robert Stanley, en cuya frente había un balazo.

—Posee usted un servicio de información de primera clase.

—Me sirven bien, porque pago en la misma moneda que me dan. He sabido que Stanley le apreciaba mucho, así como la señora Stanley. Tal vez usted, por haber estado en el lugar del suceso, posea datos difíciles para los que no presenciaron la muerte de Stanley.

—La policía me interrogó, y llegaron a la conclusión de que era imposible que yo hubiese matado a Stanley.

—También me interrogaron y llegaron a la misma conclusión. Mi modo de ser, me proporciona frecuentes atenciones de los caballeros de la policía. Todos cometemos errores, les digo, y se van. No quisiera que usted me considerase un entrometido, señor Foster, pero creo que está cometiendo un gran error.

—Ante usted soy un discípulo.

—Gracias, señor Foster. Soy muy mal pensado. Es triste, pero me han obligado a ello desde niño. He llegado a imaginar que, usted, molesto, y con razón, contra quien o quienes, quisieron cargarle el muerto, y perdone la metáfora, esté buscando una pista. El seso de Sybil pesará apenas algo más que el de un mosquito. Y si tiene alguna otra sospecha, yo podría serle útil.

—Es difícil ser descortés con usted, Racine. No considere una descortesía si le afirmo que pise el terreno que pise, siempre me ha gustado andar solo.

—Una respuesta cortés, señor Foster. Pero teñida de una cierta variación de la verdad.

—Para decirme que miento, no haga como aquella maestra que enseñando un refrán a sus niñas, les decía: «Quien con infantes yace, alborea excrementado».

—Aprecio su humor agresivo, señor Foster. Usted en la guerra, no podía atacar solo, porque el enemigo era fuerte. Se vió pues, obligado a formar equipo con otros soldados, y atender

instrucciones de quienes conocían el terreno, las fuerzas del enemigo, los posibles lugares de donde procedería el ataque… Lo llamaban estrategia, pero es ciencia vieja como el mundo. Primero, conocer el enemigo.

—El enemigo procuraba que no lo reconociéramos.

—Para eso existía el servicio de información, que permitía saber a qué atenerse.

—Y otras veces, nos enviaban a ciegas, en descubierta, buscando casi… casi por tacto, como el ciego, y por indicios.

—¿Los busca, pues?

—La última guerra terminó hace cinco años.

—Tengo el presentimiento de que usted, señor Foster, no se aviene a olvidar que abusaron de su profundo sueño.

—Me repugnan los crímenes cobardes.

—Tal vez Stanley no fuera de primera categoría.

—No importa lo que fuera ni lo que pudo ser. Era un excelente amigo y para su esposa, el mejor de los maridos.

Repetidamente había mirado Foster hacia los dos individuos que poco después de la entrada de Sterling Racine, habían ocupado «sitios estratégicos»… Clásicos guardaespaldas.

—Si yo gozara de su confianza o amistad, señor Foster, me permitiría indicarle que abandonase todo recuerdo de lo que le sucedió a Stanley. No lo interprete como amenaza, ya que me consta no es usted de los que se amilanan. Descárteme a mí de este asunto. Yo tenía relaciones comerciales con Stanley, y su muerte en nada me beneficia. Pero no era yo el único en tener relaciones comerciales con Stanley, y posiblemente usted desconoce ciertos estratos sociales, la jungla violenta y sórdida, de los que viven peligrosamente, y aunque no fueran de esta clase los que mataron a Stanley, es cierto el proverbio del maleante que afirma que «sentenciado por uno, da lo mismo por cien», dando a entender que en la pendiente del crimen el asesino no se detiene.

Miró de nuevo Foster hacia los dos hombres, uno en la barra, y otro en una mesita a unos pasos. Comentó:

—No dudo de sus profundos conocimientos de la jungla violenta.

—Si se refiere a mi escolta, no lo interprete como símbolo de que soy un maleante. Considero a Míster Truman un muy honorable

ciudadano, y tiene guardaespaldas. Lo mismo sucede con muchos millonarios, y por lo que a mí se refiere, hay envidias, hay negocios que fracasan a otros.

—Casi es usted simpático, Racine. Tiene el arte de presentarse como una víctima de la maledicencia. Tarda un poco Sybil.

—Considere mejor para ella y para usted, que se ausentara hacia La Crosse. También allí tiene su «Oshkosh».

Simon Foster tardó unos instantes en replicar, porque quería calmarse.

—No me gusta que se metan en mis andanzas, Racine.

—Creo que lo mismo pensará el que mató a Stanley.

—¿Quiere indicarme que me está usted protegiendo?

—Con mi triste experiencia, que me cierra las puertas de la alta sociedad. El asesino podría pensar que usted vió algo, o no estaba tan amodorrado como parecía, en fin, estimarle un testigo peligroso. Y podría perjudicar a Sybil. ¿Ha jugado usted alguna vez al rarísimo envite que se llama franqueza brutal?

—Puedo aprenderlo de usted.

Sterling Racine golpeó el extremo de un cigarrillo sobre su uña pulgar. No miraba a Foster. A instantes tenía la mirada huidiza…

—No quiero fanfarronear de adivino, pero los problemas me encantan. El suyo, por ejemplo, tiene facetas lógicamente adivinables. Usted, por el medio que sea, ha averiguado que Stanley estaba sensualmente sometido a Sybil, y ha sabido que Stanley hacía negocios conmigo. Tengo renombre de poco escrupuloso. Usted se siente investigador, y se formula una pregunta: ¿qué negocios tenían Stanley y Racine? Después, piensa que presentándose como un incauto vaquero rico, podrá sondear el abismo de estupidez que es Sybil. Y por último, le agradaría saber cuáles son los hombres de acción que a mis órdenes hubieran podido eliminar a Stanley, ¿no es así?

—Pregúnteselo al teniente Trevor, que es el encargado de poner en claro el asesinato de Stanley.

—Buena suerte, señor Foster. Con su permiso, le libraré de mi pestilente presencia.

Se puso en pie Sterling Racine. Y Simon Foster, replicó:

—Para mí no es ningún pestilente, Racine, salvo… si estuviera usted complicado en la muerte de Stanley.

—Gracias, señor Foster.

Sterling Racine se encaminó hacia la puerta, devolviendo amablemente los saludos.

Llegó primero a la puerta uno de sus escoltas. El otro, a tres pasos atrás, pisaba aplomadamente.

Minutos después se levantaba Foster. El camarero acudió, denegando la oferta del billete de diez.

—El señor Racine se molestaría conmigo, señor.

—No quiero colocarle bajo los rayos de Júpiter.

Salió a la calle, intrigado. ¿Las reticencias de Racine eran simplemente un consejo, o encubrían una amenaza?

«En La Crosse, tiene ella también su Oshkosh».

Llamó un *taxi*. Once dólares era la tarifa hasta La Crosse, donde llegó al atardecer.

CAPÍTULO V

Un terreno suavemente ondulado, con extensas praderas, rodeaba a la ciudad de La Crosse, al noroeste de Madison. Había sido campo predilecto de acción de los indios Sauk, los cuales para divertirse celebraban un festejo que dió el nombre al poblado y más tarde a la ciudad blanca.

Se alineaban en dos hileras de un centenar por frente, a la distancia de un paso, sujetando a la vez un tronco. El juego consistía en empujar a la par, a la voz del jefe de ceremonial.

Los cazadores franceses llamaban «la crosse» a todo extremo de tronco sin desbastar. Era muy elogiado el indio que conseguía aplastar con «la crosse» cualquier parte de la anatomía de su adversario…

Esto se lo explicó a Foster, un espontáneo charlatán, que encontró en la barra del tercer bar chillón que recorría. Le escuchaba distraídamente, hasta que vió recompensada su búsqueda.

Antes que verla, la adivinó por las miradas masculinas. Sybil Martyn en honor a la hora, llevaba un vestido de «cocktail». La blusa era un prodigio de erótica decencia, cerrada hasta el cuello, pero de negro tul bordado con grandes flores adecuadamente colocadas.

El estrecho talle en ancho cinto color plata, y la falda brillando en el mismo color, concedían cabrilleos al ondulante andar de la que desdeñosa la curvada boca, avanzaba hacia una mesita.

Simon Foster no fué apercibido por ella, ya que avanzó a espaldas del camarero, que estaba tomando nota del abundante pedido.

Se retiró el camarero, y Simon Foster sentándose, saludó:

—Hasta el fin del mundo correría tras de tu tentación, Sybil.

Ella miró en torno, con aprensión. Sus ojos fueron rencorosos…

—Ojalá, corriendo, te rompas el cuello, Simms.

—¿Qué mal te hago, y qué culpa tengo de que me atraigas, como la miel a la mosca?

—Moscardón. Pudiste decirme que Racine te quería hablar.

—Y hablamos. Estás inquieta, Sybil.

—Bradock, el chofer de Racine, me dijo que te huyera como la peste. Y aunque me dijeras que quieres cubrirme con un manto de monedas de oro, te mandaría al… te enviaría lejos de mi lado, Simms. Si lo que buscas es preguntarme cosas de Racine, te saldrá más económico, preguntarle a un poste. Y además, estoy esperando a un amigo que tiene mal genio.

—No hay mal en que mientras lo esperas, charlemos un poco, Sybil. El propio Racine me indicó que estarías aquí.

Aumentó el nerviosismo de ella. Por un instante, estuvo tentado Foster de dejarla que se tranquilizase, yéndose. Pero recordó a Elsa Stanley, la esposa sencilla y sana, la mujer apacible, que todo lo perdonaba… menos la insana pasión que Sybil Martyn había suscitado en Robert Stanley…

—No me verás más, si me contestas tan sólo a una pregunta. ¿Conocías a un hombre llamado Stanley?

—A esa pregunta ya contesté a un policía llamado Trevor. En efecto conocía a Stanley, y no le pregunté si era casado o soltero. Yo soy muy libre de tener amistad con quien quiera.

—¿Conmigo, por qué no?

—Es que tú estabas con Stanley cuando mataron a éste. Me lo ha dicho Bradock, y si estás libre es porque no lo mataste tú, y como parece que estuviste en la guerra, y no te cansó, quieres ahora guerra. Pero conmigo ni hablar, querubín.

—Racine estuvo muy amable. Quiso aconsejarme, asegurando que ni tú ni él, teníais interés en que Stanley muriera. ¿Por qué, entonces, temerme, Sybil?

—Vete, antes de que venga Gordon. Es muy celoso, porque en La Crosse me favorece con su acapamiento. Por suerte, me citó a las ocho. He venido antes, porque me gusta estar sola. Sola completamente, entre muchos hombres.

El camarero depositó una copa donde diversos helados y frutas

formaban un arco iris. Colocó después una copita con un líquido blanco.

—Llévamelo al invernadero, Jim, que allá voy.

El camarero recogió de nuevo las dos copas, y miró con aire reprobador a Foster. Ella se puso en pie.

—Prefiero abandonar tu compañía, Simms.

Se alejó sinuosa, retratada por las pupilas masculinas, y apuñalada por las femeninas. Simeón Foster la siguió a unos cinco pasos.

Atravesado el local, al fondo había una terraza posterior, dando a un pequeño jardín, y al extremo, una galería encristalada, donde en glorietas efectuaban sus entrevistas los amantes de la soledad en compañía.

El camarero dejó el cóctel y el helado de frutas en una de las glorietas, donde Sybil Martyn penetró, sin haber mirado una sola voz hacia atrás. Caminaba como una reina recibiendo el debido homenaje de sus vasallos.

El camarero interceptó el paso a Foster, diciendo respetuoso:

—La señorita espera a su novio.

—Aspiro a serlo. ¿Usted, qué opina?

La visión del billete de cinco dólares, hizo que el camarero al cogerlo, añadiera:

—Yo no opino nada. El cliente tiene siempre la razón. Gracias, señor.

En la glorieta cuyos tabiques eran enrejados de listones entrecruzados con guirnaldas de flores artificiales, Sybil Martyn suspiró:

—Siéntese, lapa. ¿Cómo prefiere los puntos de sutura? Porque apenas entre aquí Gordon, yo le diré que eres un conquistador pegajoso.

—Te hago una apuesta sencilla, Sybil. Cien contra uno a que tienes una idea aproximada de quién pudo sacar beneficio de la muerte de…

—A esto le contesté al policía Trevor, que si lo supiera, hablaría, porque para mí Stanley era un espléndido gallo de oro. Bueno, tú te lo buscaste…

En el umbral del arco de entrada, que apenas daba paso a una persona, un individuo achaparrado, miró con dureza al que se

sentaba de perfil.

—Hola, Xavier. Te presento a un conocido de Madison, que me encontró por casualidad, y le dije yo que hasta las ocho, podíamos charlar.

—¿Qué tal, amigo? —dijo Xavier Gordon. Su tono era áspero. No se movió del umbral—. Son las ocho.

—Menos diez minutos.

Sybil Martyn apuró su cóctel, y quitó de la mesita la copa de helado. Comentó con indiferencia:

—Si han de ponerse tontos, salgan al jardín. Hay sitio sobrado. No seas mal pensado, Xavier, porque si este chico es guapo, no es mi culpa. Le estaba yo diciendo…

—Me lo dirá él, mejor —y Gordon, siempre en el umbral, añadió —: Usted es forastero, pero en Madison las indirectas las comprenden, supongo.

—En Madison adoramos la cortesía, Gordon. Si quiere indicarme que me vaya, hágalo sin ponerse rudo.

Sybil Martyn hundió la cucharilla, conservando la copa en el aire, mirando alternativamente a los dos hombres. No le disgustaba qué se pelearan por ella. Casi ahora lo deseaba, porque quería perderse de vista, y esperaba la ocasión propicia.

Estimó que era preferible atizar el fuego, para lograr escapar…

—Total, Xavier, no debes ponerte así, cariño mío. No me has dado todavía el anillo de prometida. Y el señor Simms tal vez piense en ello.

Xavier Gordon quería que en La Crosse se le considerase el afortunado monopolizador de Sybil Marlyn. Se hizo afable:

—Buenas noches, señor Simms.

Simon Foster se levantó, y fué entonces cuando Gordon, que había abandonado el umbral, asestó un directo rápido y de poderosa intención.

Foster levantó el brazo izquierdo, y su antebrazo desvió. La izquierda de Gordon siguió en veloz gancho, y Foster la desvió con el antebrazo derecho.

Resopló extrañado Gordon, retrocediendo de nuevo. Foster dijo:

—Conozco a los de tu temple, que adoran presumir de recios ante las mujeres. No hay motivo para que peleemos, Gordon. Apártese.

Sybil Martyn parecía una gata golosa que supiera comer con cucharilla. Rió:

—Están graciosos. Yo no sé por qué se ponen así. Cuidado, Xavier, porque este chico de Madison parece que sabe emplear los brazos.

Xavier Gordon era, en efecto, un hombre fuerte, deseoso de demostrarlo. Le exasperó la tranquila postura del que manifestó:

—Me voy, pero no repita la broma, Gordon. Hasta otra, Sybil.

Con ímpetu encolerizado, Xavier Gordon saltó hacia delante, doblando las rodillas y adelantando las manos. Sabía «voltear» al adversario, y aplicarle en el suelo, un doble golpe definitivo. Y sabía también que en otras ocasiones, Sybil le había demostrado que era sensible al hombre fuerte y triunfador.

Sus manos lograron tocar el cuello de Foster, y sus rodillas rozaron también el estómago. Pero lo que no logró fué «voltear»…

Simon Foster le había pasado las dos manos bajo las axilas, y pareció como si quisiera arrancarse de encima un peso liviano, pero inoportuno.

Xavier Gordon salió disparado hacia atrás, yendo a chocar de espaldas contra un tabique, que crujió formándole un marco. Se debatió iracundo, y abalanzándose de nuevo, semejó un torbellino.

Simon Foster le dedicaba toda su atención, y se zafó para golpear de lado con el canto de la mano en la carótida… Empujó con un zurdazo en el flanco, y remató con un simple impulso de mano abierta.

Esta vez, Xavier Gordon quedó empotrado, pero lacio, sin sentido.

Corrió hacia fuera Foster, porque Sybil Martyn había abandonado a toda prisa la glorieta maltrecha…

Apartó a dos camareros, corriendo a largas zancadas, hacia la puertecilla de discreta salida posterior, donde acababa de ver deslizarse en revuelo la falda gris plata…

La calle a la que salió, era estrecha, y tuvo tiempo de ver la falda acampanándose en la esquina…

Al llegar a ella, vió cómo Sybil penetraba rauda por un callejón lateral, a cinco pasos de la esquina.

Oyó su rápido taconear, que le orientaba. Algunos transeúntes se detuvieron…

El callejón en descenso, terminaba en la tapia que flanqueaba los ramales del ferrocarril del este. Penetró en la amplia avenida comercial de almacenes y transportes.

No había rastro de Sybil ni se oía el taconeo. Adivinó que ella se había quitado los zapatos. ¿Por qué le huía tan temerosa…?

La tapia, a veinte metros a la izquierda, tenía una abertura con dos postes de hierro y una cadena en arco colgante.

Corrió hacia ella, saltándola. Vió a lo lejos, la falda plateada, escurriéndose por entre vagones parados.

Desistió de su persecución, porque ella había logrado la suficiente ventaja, y estaba ya en los andenes, donde pululaba gente que iba acomodándose en los trenes.

Caminando a paso normal ascendió al andén tercero. Tenía el convencimiento de que ella iba a abandonar La Crosse.

Su tercera residencia era Green Bay. Y posiblemente pensando que él no la había seguido hasta allí, estimaría mejor no regresar tampoco a Madison.

Un reflejo adquirido en los últimos años, le hizo dirigirse hacia los vagones de mercancías. Examinaba ya complacido el aspecto de un tibio «forrajero», cuando recordó su traje y su decisión de ser un Foster más.

En el andén cuarto, preguntó a un empleado:

—¿El tren para Green Bay?

—Vía sexta, salida a las ocho y media. Pullman.

Prefirió ir a la cantina. Pero a las ocho y media en punto, provisto de billete para el coche-cama, hasta Green Bay, saltó al estribo, cuando ya arrancaba el *pullman* que surcaba por entero de oeste a este el Wisconsin.

Acudió un negro de ancho rostro reluciente. Mostró Foster su billete, superpuesto a uno de cinco dólares.

—¿A qué hora llega a Green Bay?

—A las nueve de la mañana, señor. Muchas gracias.

—Me gustaría saber si viaja en este tren una señorita.

—Viajar, viajan muchas señoritas, señor.

—Cabello color cobre, blusa negra transparente…

—No siga, señor. Esta señorita es muy visible. Un momento, señor, que un compañero mío me dirá en qué litera se acomodó.

—No hace falta. Me basta saber que llegaremos a Green Bay ella

y yo.

En su litera, Simon Foster reflexionó en lo acertado que había estado Racine al suponer las preguntas que pensaba hacerle a Sybil. ¿Qué negocios tenía Stanley con Racine? ¿Qué «hombres de acción» estaban a secreto sueldo de Racine?

Prefería dejar dormir a Sybil, y evitarse que en cualquier estación se esfumara, si intentaba volver a interrogarla. No le cabía ya duda: Sterling Racine y Sybil Martyn sabían algo acerca del posible asesino del índice sangriento, porque sabían también que algunos negocios ignorados de la policía, hasta entonces, habían enriquecido a Robert Stanley.

Durmió menos a gusto que en los vagones de mercancías. Se había hecho traer la cena, para evitar que ella le pudiera ver. A las ocho y cuarto pasó a la barbería. A las nueve menos cinco, el negro informó:

—La señorita bajó en Devils Lac, hace minutos. Hay una colina, y antes de que arrancase el tren, vi un *taxi* con ella yendo hacia Green Bay. Gracias, señor, muchas gracias.

Apenas bajó del tren, compró Foster en el kiosco de la estación las revistas de meses atrasados, dedicadas a lectores masculinos mayores de edad.

CAPÍTULO VI

En el estuario del Lago Michigan, la ciudad de Green Bay se esparce con aires de población marinera. Tercera ciudad en importancia en el Wisconsin, tiene a gala adornar sus avenidas con apretadas hileras de árboles frutales en las aceras.

En la Avenida de los Cerezos, todos los edificios se aislaban entre sí por recuadros de jardín. Ninguna de aquellas casas sobrepasaba las tres plantas.

La mayor parte eran propiedades particulares, pero el fotógrafo de arte John Jacob, tenía su estudio en el segundo piso del número 16, como pudo comprobar Foster después de examinar revistas, y el listín telefónico.

Le abrió una mujer con aspecto de institutriz.

—El señor Jacob está ausente.

—Le esperaré.

—No regresará basta muy avanzada la tarde. Fué a Appleton, para un congreso del gremio.

—Volveré.

—A las nueve, hora de su regreso, el señor Jacob no le atenderá.

—Salvo si usted anota que preciso diez fotos de arte de mi casa en Marinnette, y varios grupos familiares, y quiero, antes de tomar el tren esta noche, ponerme de acuerdo con el señor Jacob.

—Bien, señor, entonces a las nueve sin falta, le atenderá el señor Jacob.

En la Avenida de los Cerezos, pensó Foster que todo un día de espera en la ciudad, podía comprometer la posibilidad de entrevistarse a solas con Sybil Martyn.

En el listín no figuraba el nombre de ella. Y era John Jacob el que tenía la «exclusiva» en Green Bay de las poses de la fotogénica

modelo para revistas sugestivas.

Quería tan sólo obtener la dirección de ella, pero juzgó que la mujer que atendía a los clientes del estudio fotográfico, no tenía aspecto de facilitar informes de aquel género.

Lo intentó desde un café, telefoneando.

—… Estudio de arte Jacob. Hable.

—… Desearía de su amabilidad me proporcionara la dirección de una modelo que…

—… Sólo el señor Jacob dispone de ellas.

Y cortaron la comunicación.

Simon Foster estaba cada vez más convencido de que descorrería un velo sobre la oscuridad que envolvía el asesinato de Stanley, hablando con Sybil Martyn.

Robert Stanley había sido siempre muy aficionado a ingeniosos trabajos mecánicos experimentales.

Si había suprimido el taller en su domicilio, forzosamente efectuaba sus trabajos en otro lugar. ¿Por qué?

En la habitación del «River», estaban cerradas las puertas y las ventanas, sin señales de fractura ni forzamiento. Pero cabía la hipótesis de que la abierta ventana, convirtiera en gélido el interior, y aunque borracho, él se levantara a cerrar, después que el asesino hubo entrado.

Un cartel luminosamente atractivo le llamó la atención:

> «PASE SU DIA EN EL PARAISO.
>
> »El yate del embarcadero norte, le permitirá extasiarse ante la sobrecogedora belleza del litoral. El yate “Bayjoy” es un flotante…».

Dejó de leer, para dirigirse hacia el norte. Soplaba una brisa helada. Y a pesar de que el yate en su recorrido permitía divisar panoramas bellísimos, y su comedor proporcionase selecta cocina, Simon Foster volvió a sentir el mismo presagio agorero, que le asaltó al subir en el coche de Robert Stanley.

Lo consideraba carente de lógica, pero estaba convencido que muy pronto volvería a enmarañarse su destino. Era como si en su

interior existiera un resorte que sólo funcionaba a la proximidad del peligro.

A bordo, el ambiente era cordial. Parejas en luna de miel, parejas no menos acarameladas, pero sí menos legítimas, ancianos rentistas, familias ruidosas de ascendencia germánica, pasajeros dispuestos a olvidarse momentáneamente de sus preocupaciones.

Pero él no podía olvidar la sonrisa de Stanley, ni cómo había dicho Racine, «que quisieran cargarle el muerto».

A las siete y media, el yate desembarcó sus turistas de corto vuelo. Cenó Foster en el mismo embarcadero. A las nueve en punto, llamaba en el segundo piso del número 16 de la Avenida de los Cerezos.

Abrió la misma mujer, pero con un variante en su aspecto. Llevaba un sombrero que no la favorecía. Dijo:

—Hace minutos que le espera el señor Jacob. Buenas noches.

Cerró ella misma, desde fuera. En el amplio recibidor, solo, Foster miró las fotografías de las paredes. Una puerta se abrió, y un hombre flaco, de revuelta cabellera, se presentó:

—John Jacob.

Había algo raro en su postura, que de momento no pudo definir Foster. Vestía sin estridencias, pero desaliñado.

—Supongo que su secretaria le habrá informado.

—Por esto he permanecido esperándole, señor Simms.

El rostro del fotógrafo era lunar, pálido y de saltones ojos.

—No recuerdo haber dado mi nombre a su secretaria.

—Usted no, pero me ha telefoneado a Appleton, Sybil. Parece ser que usted la persigue. Me hizo su descripción, señor Simms. Ya le sonsacó a Schomberg la dirección, ¿eh?

De pronto, supo Foster por qué era rara la postura de Jacob. Tenía la mano derecha introducida en el interior de la americana, reposándola, invisible en la solapa cruzada, que formaba bolsa.

—Le ruego pues, señor Simms, que no me haga perder el tiempo. Me esperé por creerle un cliente.

Simon Foster notó sequedad en la garganta. Señaló el busto del fotógrafo.

—No quisiera parecerle suspicaz, pero no hay para tanto.

Se miró Jacob la solapa en bolsa.

—¿Qué quiere decir?

—Podré perseguir a Sybil, pero no soy tan impetuoso como para que me reciba con una pistola oculta.

—No soy tan estúpido. Es simplemente una herida en la mano. Bien, señor Simms, lamento no poder informarle, pero me lo ha prohibido terminantemente Sybil, si se diera el caso que usted viniese.

Simon Foster, brillantes los ojos, insinuó:

—Soy caprichoso, ¿sabe? Me gustaría ver su mano derecha.

El fotógrafo hizo una mueca de recelosa impaciencia.

—Y a mí me gustaría que se marchase. Tengo en mi laboratorio, un trabajo pendiente.

Simon Foster se rascó meditativo la mejilla.

—Escuche, Jacob… Me molestaría mucho violentarle, pero considere que tengo el urgente e imprescindible capricho de verle la mano.

—No debe usted estar en sus cabales. Hágame el favor de salir de aquí. De lo contrario, llamaré al piso inferior…

Simon Foster alzó la diestra en gesto vago.

—Bien, Jacob, no quiero escándalos. Era un capricho tonto, lo reconozco.

Se encaminaban los dos a la puerta, y súbitamente el fotógrafo, conoció prácticamente, lo que era la llave «reducción al silencio», en su primer tiempo. Un ejercicio elemental en los campos de instrucción para fuerzas de desembarco.

La mano derecha cogía la zurda del adversario, levantándola hacia atrás, mientras la mano izquierda apretaba fuertemente las quijadas, y con voz perentoria se advertía:

—Callando, o salta el omoplato y, duele mucho.

John Jacob gimió quejumbrosamente, y desde su espalda, Foster explicó:

—No grite, porque sería peor. No quiero hacerle daño… Pero no intente luchar; se lo recomiendo. En esta postura es perjudicial. Basta sólo que saque su mano derecha en alto. Que la vea.

Apartó él la suya de las quijadas, y, resollando, el fotógrafo obedeció con presteza, alzando su diestra.

Una mano completamente Vendada, dedos y palma, hasta la muñeca, con «Velpo» amarilla.

Simon Foster soltó su presa, haciendo girar al fotógrafo, que

afirmó:

—Daré cuenta de que usted…

—Quítese la venda, Jacob.

Había algo tan amenazador en el tono, que el fotógrafo se llevó maquinalmente la izquierda al remate en nudo de la larga venda amarilla, pero protestando:

—Un capricho estúpido, y una agresión que le costará caro, cuando yo informe a la policía, a los dementes hay que encerrarlos. Que persiga a Sybil tiene su fundamento, pero que se comporte así con un hombre pacífico, esto no lo tolera la Constitución.

Disimuladamente, Jacob iba retrocediendo, mientras empezaba a desenrollar la venda. Simon Foster avanzaba hacia él, y advirtió:

—Mejor que se quede quieto de pies, Jacob. Siga con las manos.

La venda parecía interminable. Apareció la palma amarillenta, el dorso con ampollas embadurnadas de pomada y por fin los dedos. Miró Foster, el índice, hinchado y amarillento, pero liso.

—Esta tarde me explotó un tubo de magnesio, y por suerte tenía pícrico.

—Cuidado con sus gestos, Jacob.

Cogió Foster la muñeca derecha, examinando de cerca el índice, que al igual que los otros dedos y el de la mano izquierda, no tenía el menor rasguño.

El fotógrafo temblaba ligeramente… Simon Foster murmuró:

—Le parecerá también propio de un demente, que le pida ahora mil perdones. Pero dentro de cierto tiempo, que deseo lo más breve posible, le podré explicar mi actitud.

—Lo que deseo, es que… me deje volver a mí trabajo.

—Lo siento, señor Jacob, de verás.

—Demuéstremelo yéndose. ¿Para qué quería ver mi mano?

—Podré otro día explicárselo; ahora, no. Adiós, y sin rencor a ser posible.

—Váyase.

Seguía el fotógrafo en guardia, como esperando cualquier otro ataque absurdo. Simon Foster abrió la puerta, y volviéndose sonrió:

—Bien, ya que me juzga demencialmente caprichoso, dígame la dirección de Sybil, y desapareceré al instante. Si no…

—¡78, Avenida de los Naranjos!

Salió Foster, cerrando. Corrió Jacob a echar el pestillo, y

respirando con alivio, volvió a vendarse cuidadosamente la mano. Recordaba con estremecimientos, la salvaje expresión de los ojos pardos del «demente» mientras él mostraba su mano.

Terminando de vendarse, se dispuso a comunicar a la policía que un demente andaba suelto… Pero al acercarse al teléfono, con los nervios aun alterados, se sobresaltó, porque el teléfono sonaba inesperadamente.

Se calmó, y aplicándose el auricular, iba a hablar, pero ya decían:

—… Acaba de salir de tu estudio un tal Simms. No hace falta que te diga quién soy. Dime tú lo que quería Simms.

Muy atentamente, John Jacob informó:

—… La dirección de Sybil, y se empeñó en verme la mano que esta tarde me quemé con magnesio. A la fuerza…

—… ¿Qué quería ver en tu mano?

—… Se fijó con detenimiento en los índices, señor…

No pronunció el nombre, porque le atajaron:

—… No te molestes en decírselo a nadie. A nadie en absoluto.

Colgaron el auricular, y John Jacob entró en su laboratorio, muy decidido a no mencionar nunca la visita de aquél que ya no consideraba tan demente, puesto que el propio Sterling Racine se ocupaba de sus pasos.

Los pasos de Simon Foster se encaminaban hacia un agente qué, sin prisas, efectuaba su ronda.

—¿Avenida de los Naranjos?

—La cuarta paralela al oeste, señor.

La cuarta paralela al oeste, era la más alejada del lago. Sus naranjos no eran productivos, porque aunque fueran injertados para resistir los fríos, el fruto no alcanzaba madurez.

También en aquella avenida, las casas se aislaban por jardines. El número 78, era de dos plantas.

Desde la acera opuesta, examinó Foster la topografía del edificio. Un seto fácil de salvar. No había luces transparentándose, y sólo un farol iluminaba el porche de entrada.

Decidió actuar normalmente. Cruzó la calle, y en la puerta de madera, tanteó, abriéndola.

Bajo el porche, pulsó el timbre, cuyo zumbido oyó repercutir en el interior. Esperó unos segundos, repitiendo la llamada.

Transcurrieron minutos en los que llamó varias veces sin éxito.

Estaría ella en algún «Oshkosh», y a aquella hora, si tenía mujer de faenas, estaría ésta en su propio hogar.

Al volverse, estimó que pasaría inadvertido si en vez de ir hacia la puerta de madera, contorneaba la pequeña fachada. Lo hizo, y la plena oscuridad le acogió.

Se detuvo, adosándose contra el tronco de un arbusto decorativo, con sus picudas ramas en pisos decrecientes…

Y tomó su decisión. Era necesario que se entrevistase con Sybil, aquella misma noche.

Fué encaramándose ágilmente, hasta que la sexta rama, se cimbreó a altura de la pequeña terraza del primer piso. Se balanceó suspendido de manos, hasta saltar limpiamente en la terraza, sobre la punta de los pies.

Aguardó unos instantes, agazapado. Oscuridad y silencio, tan favorablemente cómplices como el ciprés decorativo.

Dos puertas-ventanas, cerradas. Se encaramó sobre la balaustrada, y consiguió asir el reborde del alero.

La construcción, en el Wisconsin abundaba en techos muy inclinados, para evitar sobrecargas de nieve. Hizo una contracción, cuando se afianzó en el cable del pararrayos.

El mismo cable le sirvió para gatear, hasta el pequeño ventanal del saliente que correspondía al desván. Tanteó con una mano, sin soltar el cable, porque las tejas eran resbaladizas.

Un marco menos sólido, que al tercer empujón crujió. La pequeña falleba interior no aguantó el cuarto y persistente apoyo del hombro.

Penetró Foster en el interior, tras un laborioso ejercicio que acreditaba su musculosa agilidad. Soltó el abierto ventanuco, cuando percibió que sus pies tocaban el suelo.

Un desván donde tenía que inclinar el busto para no chocar de cabeza contra las vigas horizontales, en cuaderna de techumbre cada metro y medio.

Rascó una cerilla, cuando una superficie sólida le cerró el paso.

Quemó varias cerillas hasta que, entre cajas de cartón, perchas, herramientas de jardín y diversidad de objetos, encontró un quinqué colgando de un clavo.

Estaba cargado y con mecha. Lo encendió girando la rueda, para

darle la menor luminosidad. La suficiente para visitar la casa, mientras esperaba a la que pagaba el alquiler, o figuraba como tal pagadora.

Desde el desván, una escalera estrecha y muy empinada conducía al primer rellano. Manteniendo la mano tras el globo de cristal, para no deslumbrarse, avanzó pisando con ligereza.

No era hora para que Sybil Martyn estuviera durmiendo. La primera puerta a la derecha, era un cuarto vacío de muebles. A la izquierda, lo mismo.

Por lo visto, ella sólo amueblaba lo estrictamente necesario, en aquel caserón donde sobraban habitaciones.

La segunda puerta de cada lado, también abría sobre cuartos vacíos. La planta alta estaba desnuda de todo mobiliario.

Bajó las escaleras, y el quinqué iluminó una sala con tresillo, mueble bar con dos copas y una botella encima, y un estante con radio. Dos puertas a cada lado. Cuarto de baño y alcoba, a la derecha y comedor y cocina a la izquierda.

Regresó al centro, y sólo entonces, en más detenida inspección, vió sobresalir bajo el diván, dos piernas femeninas, inmóviles, ladeadas en postura forzada.

CAPÍTULO VII

No era la postura de una mujer que se esconde. Simon Foster dejó el quinqué sobre la mesita, junto al mueble bar.

Obraba por reflejos instintivos, aturdido mentalmente, completamente incapacitado de aceptar como inexorable certeza, lo que veía.

Atrajo hacia sí con furor contenido el diván, que rodó por el tapiz sin ruido, sobre sus ocho bases movibles.

La luz del quinqué era suficiente, demasiado.

Sybil Martyn yacía de lado, como si durmiera teniendo por almohada su doblado brazo izquierdo. El largo cabello le cubría el perfil.

Rígidos los músculos, Simon Foster fue viendo las sandalias rojas, las medias grises, terminando en ancha franja negra la combinación, cuyo encaje sobresalía de la abierta bata roja, sin cinto.

El cinto colgaba en dos lazos tras los cabellos color cobre.

Se inclinó y apartó los cabellos. Un gesto casi superfluo. El cinto de la bata penetraba en la carne del cuello, y sus efectos habían desfigurado el hermoso rostro de aquella muchacha vulgar, pero que tenía imán para el sexo opuesto.

Se irguió lentamente Foster. Sentía sus sienes latir violentamente. Una mujer estrangulada era espectáculo horrendo, sobre todo cuando se la había conocido exuberante de saludable amor a la vida.

La casa no tenía teléfono, pensó. Y poco a poco, mientras permanecía indeciso, se fueron infiltrando insidiosas verdades en su mente.

Stanley había sido amante de Sybil, y él, Simon había seguido a

Sybil desde Madison a la Crosse y desde la Crosse a Green Bay… Había peleado con Xavier Gordon. Había violentado a un pobre fotógrafo… Demasiadas incidencias que podían resultarle fatales. No debía aparecer complicado en aquella muerte, posiblemente pasional, ya que el atuendo de Sybil Martyn daba idea de que esperaba una visita…

Aquella segunda muerte, podía resultarle definitivamente acusatoria. Cogió el quinqué, sacando un pañuelo del bolsillo. No podía volver a mirar el rostro deformado, horrendo…

Subió las escaleras, tratando de recordar, cuántas cosas había tocado. Pasó el pañuelo por todos los pomos de puertas, volviendo a bajar, y de regreso al desván, limpió cuidadosamente el quinqué.

Tenía que ver urgentemente a Trevor, y explicarle por qué quitó sus huellas. Él sabría comprender su inocencia. A obscuras, en el desván, recordó el timbre de la puerta.

Muchas huellas mezcladas. No podía correr el riesgo de que le vieran frotando con su pañuelo bajo el porche iluminado.

En el descenso, empleó poco tiempo. La avenida, en aquel trecho, estaba desierta. Asomó la cabeza por encima del seto. A lo lejos, un coche se perdía en la obscuridad.

Saltó, con todos los sentidos a flor de piel. Tenía que regresar inmediatamente a Madison, y entrevistarse con Richard Trevor.

Dobló en la primera transversal, y caminó apresuradamente. Un coche pasó veloz. Poco después, al doblar otra esquina, casi saltó agresivo, dominándose, al reconocer a un policía de ronda nocturna, que le miró comprensivo.

Darse de manos a boca con alguien en la noche, podía resultar molesto para un nervioso ciudadano.

Apresuró el paso, creyendo a cada instante oír el silbato que alertaría a otros policías. Un *taxi* daba vuelta frente a él. Lo llamó.

Subiendo con precipitación, dijo:

—Lléveme a Madison. No se preocupe por el trayecto.

—Son muchas millas, y…

—Doblo la tarifa. Pronto.

—Esto ya es otra cosa, señor. Me surtiré de nafta en la carretera.

Cerrando los ojos, Simon Foster trataba de poner en orden sus confusos pensamientos. No lo conseguía, porque sólo predominaba una furiosa evidencia. Buscando un índice asesino, acaba de

hallarse junto a una segunda víctima. ¿Había conexión entre las dos muertes? ¿Era un maléfico azar el que le hacía ser el primero, en ver a Sybil, Martyn, muerta?

El *taxi* se detuvo, y el chofer indicó, a punto de descender:

—Repondré carburante. Tal vez un café no vendría mal.

Asintió Foster abstraído, bajando. Tardó un instante en darse cuenta que el lugar estaba a obscuras, sin vestigio de cantina de garaje rutero.

El instante que bastó para que a sus espaldas, alguien le asestara un violento golpe con un saquito de arena en la base del cráneo. Se desplomó inerte.

* * *

Richard Trevor intentaba dar a sus frases un tono fríamente crítico. No era casual su encuentro con Joyce Foster, una de las bellezas de la sociedad elegante de Madison.

—Sabía que a esta hora regresas de tu ropero infantil. No quisiera amargarte, Joyce, muy al contrario, pero he preferido anunciarte la gravedad de cierto suceso relacionado con tu hermano.

«Belleza serena y olímpica», la había definido un cronista social. Pero ahora perdió algo de su altiva serenidad.

—Tú demostraste su inocencia, Dick. Sentémonos, ¿quieres?

El banco era propicio para confidencias en aquel semiarco del Parque Johnson.

—Hace tres días, Joyce, una mujer llamada Sybil Martyn fué hallada en una casa de Green Bay, estrangulada. Era una mujer de otra clase… Robert Stanley tenía relaciones secretas con ella. Fué hallada por la mujer de servicio que acudía a las ocho de la mañana. Se hicieron los trámites rutinarios, y se hallaron huellas evidentes del paso de un hombre. Un policía casi chocó con dicho hombre, que parecía trastornado. Lo describió. Y por averiguaciones hechas en Madison, en La Crosse, en el *pullman* a Green Bay, el hombre que perseguía a Sybil, el hombre del cuál ella huía, es tu hermano.

—¡Es horrible lo que insinúas, Dick!

—No puedo insinuar en mi oficio, más que delante de

malhechores. Hasta el momento he conseguido evitar que se cité para nada a Simon en la prensa…

—Pero él, habrá ya explicado todo, demostrando el error.

—Esto es lo grave. Tu hermano huyó, ha desaparecido. Se oculta, y borró huellas suyas. Todo le acusa, y si antes de unos días no se presenta, yo no podré ya impedir que mi superior, de publicidad a este crimen. Yo personalmente, no le juzgo capaz de matar y esconderse, pero todos los indicios le acusan.

—También cuando ocurrió la muerte de Stanley, le acusasteis.

—Pero él mismo avisó, y no rehuyó afrontar las consecuencias. Lo peor, es que ahora, renacen sospechas de complicidad. Se sugiere si por celos de Stanley… En La Crosse peleó por Sybil, contra un fotógrafo, un tal Xavier Gordon, que resultó bastante deteriorado. Otro fotógrafo, un tal John Jacob, de Green Bay, negaba primero, pero al final reconoció que lo consideró un demente, porque a la fuerza le arrancó la dirección de Sybil. Esto ocurrió a las nueve, y es la hora aproximada en que murió ella estrangulada. En el caso de Stanley, nos vimos precisados a cumplir con lo rutinario, y se tomaron las huellas dactilares de tu hermano. Las mismas huellas aparecen en un asidero metálico del diván, en casa de Sybil. Y estaban limpios los pomos de puertas. Es grave… ¿No te ha escrito él? No es pregunta oficial, Joyce.

—No me ha escrito —dijo ella trémula. Y esto le recordó unas extrañas líneas, acompañando una cajita de orquídeas negras—. De todo corazón, deseo que la verdad se haga, y no dudo que Simon sabrá demostrarla. Dime, Dick: Sterling Racine es un maleante, ¿verdad?

—En el sentido estricto del calificativo, no. Es un aventurero sin escrúpulos. ¿Por qué te interesa Racine?

—Dicen que Stanley tenía negocios con él.

—Todos los satélites de Racine han sido inspeccionados en sus movimientos cuando el caso de Stanley. No parece hallarse nada en contra. Cuidado, Joyce… No te dejes influenciar por la aureola de falso romanticismo que rodea a Racine. Es un hombre malo y listísimo. Y sé que no oculta su extraño platonicismo hacia ti. Ha dicho que por primera vez conoció el contenido y significado de la palabra amor, cuando te vió.

—Envía flores sin mencionarse, y no puedo negarte que es un

hombre que intriga.

Con cierta desilusión, se despidió Trevor. Nunca hubiese creído que la sensata Joyce se comportara como una frívola damita ávida de sensaciones y sensible a la corte lejana y respetuosa de un aventurero… desgraciadamente fascinador, si se lo proponía.

El capitán O'Brady había conseguido que las pesquisas verificadas en torno a la muerte de Sybil Martyn, fueran silenciadas en lo que se refería a la creciente sospecha de que el autor fuera Simon Foster.

Al visitarle Richard Trevor, inquirió:

—¿Hay relación posible entre la muerte de Stanley y la de Sybil?

—Podría haberla. Ambos podían saber algo perjudicial para un tercer personaje. Pero también es evidente que Sybil Martyn gozaba despertando pasiones, y tenemos una larga lista de suspirantes a sus no muy difíciles encantos. Van comprobándose los actos de todos ellos.

—Hay un punto netamente oscuro, Trevor. Stanley patentó muchos inventos mecánicos ingeniosos, y representaba marcas suizas, inglesas y francesas de maquinaria de precisión, pero no están justificados sus abundantes ingresos.

—Trabajo en ello, señor.

—Y en cuanto al asesinato de Sybil, Foster mismo se ha acusado con plena evidencia, huyendo y ocultándose. Sabía que podía confiar en usted. Y sin embargo, sigue escondido, o tal vez haya logrado llegar al Canadá. Yo comprendo su respeto al resto de la familia Foster, pero me temo, que no podré contener más allá de cuarenta y ocho horas, la justa curiosidad de la Prensa. ¿Es que pone en duda la culpabilidad de Foster? Aunque él, creyéndola autora de la muerte de su amigo Stanley, como se ha sugerido, quisiera constituirse en vengador privado, esto no amengua su responsabilidad.

—Es impropio de su carácter, huir y esconderse.

—Huyó de sus responsabilidades sociales como hijo de Gregory Foster, y se escondió en el anonimato del vagabundeo. Es un carácter anárquico. No lo tome a mal, Dick, pero si le resulta enojoso proseguir con este caso, un compañero le relevará. Le conozco hace años, Dick… y sé que usted no se casará, porque…

quiere a Joyce Foster, y realmente, resultaría para usted, desagradable, tener que detener a su hermano.

—Gracias, señor, pero continuaré en mis pesquisas, salvo si usted manda otra cosa.

—Como quiera, teniente Trevor. Tiene de plazo cuarenta y ocho horas.

* * *

Joyce Foster releía incansablemente la cartulina que en un sobre lacrado acompañaba la caja de valiosas orquídeas negras, recibida dos días antes.

> «Humildemente me atrevo a suplicar que si mis desgraciados conocimientos de ciénagas donde la policía no puede penetrar, pudieran ser útiles a su hermano, no dude un instante en considerarme su más respetuoso servidor».
>
> «S. R.».

> «Todas las tardes de cinco a siete, intento airear mi espíritu, en la Cima Esmeralda, Rotonda del Wakbasah».

Un hombre misterioso, que tenía fama de dominar todos los bajos fondos del Wisconsin, escribía con humildad, suplicando.

En la Cima Esmeralda, al exterior norteño de la ciudad, había rotondas desde las que se divisaban los panoramas de los lagos, y la ciudad bien alineada.

A las cinco menos cuarto, con decisión ya bien madurada, Joyce Foster despidió al chofer, para empuñar el volante, ascendiendo hacia la Rotonda del Wakbasah.

Pese a todo el dominio de sus nervios que poseía, a su altiva serenidad, estaba excitada. Lo quería fundamentar en su esperanza de que Sterling Racine pudiera ayudar a desvanecer equívocos sobre

Simon…

Pero sus veintidós años, ahítos de galanes superfluamente banales y falsamente cínicos, le hacía temer la entrevista con el pelirrojo rondando los cuarenta, a quien apodaban el «César Hampón».

* * *

Entre Green Bay la frontera sur del Estado de Michigan, se extienden vastos bosques de seculares abetos gigantescos, que como ejércitos disciplinados verdean todo el litoral hasta perderse en cimas nevadas. En la ladera sobre el lago, hay cabañas donde deportistas alternan el goce de la pesca con el de la caza, almacenando oxígeno para el gasto del año en sus ciudades de procedencia.

Más hacia la cumbre, hay serrerías, y los cursos de agua del Menominee, se tapizan de troncos que audaces y forzudos estibadores, mantienen unidos en prodigios de equilibrio.

Hay también chozas de carboneros solitarios, muchos de ellos cazadores. En una de estas chozas, un hombre canoso, de rostro afilado y zorruno, con sangre india en las venas, de ojos muy juntos, llevaba dos días seguidos cuidando de un joven que yacía en una hamaca.

Le renovaba apósitos de hierbas envueltas en tenue pellejo de vejiga, sobre la base del cráneo. Como bebida y alimento, introducía entre las mandíbulas un canuto, por el que vertía un líquido pastoso, mezcla de jugo de cerezas, extracto de carne y cierta semilla pulverizada. Era muy alimenticio, pero también soporífero.

Y Simon Foster seguía inconsciente, desde que tres noches antes, al descender del taxi, huyendo de Green Bay, alguien golpeó su nuca.

CAPÍTULO VIII

Sterling Racine, desde el mirador encristalado del bar instalado en la Rotonda del Wakbasah, examinaba la carretera serpenteante.

Descendió a la planta baja. Hizo un gesto, y acudió corriendo el propietario.

—Lo dicho. Con los tuyos irás a cerrar el acceso a posibles clientes. Durante dos horas me alquilas tu palomar, y empleo el término en sentido de altura. Cuento con tu discreción. Gracias.

El dueño y el servicio abandonaron apresuradamente el bar, alquilado de cinco a siete, por cantidad muy crecida, tomando un sendero que evitaba la carretera por la que aparecía ya el coche conducido por Joyce Foster.

El automóvil se detuvo ante la galería de entrada, y acudió Sterling Racine a abrir la puerta. Saludó con grave cortesía:

—Buenas tardes, señorita Foster. He creído preferible alquilar por dos horas este sitio. No quisiera por nada del mundo, que la vieran conmigo.

Bajó ella, ignorando la mano que tendía Racine, y replicó con firmeza ya anticipadamente calculada:

—No exagere la nota, señor Racine. Usted frecuenta políticos honorables, y es apreciado por gente distinguida.

—La precederé hasta la galería alta. Se divisa un espléndido paisaje. De cinco a siete, nadie vendrá.

Subiendo la escalera caracol, se llegaba al rellano alto, con mesitas, bar en el centro, y cómodos sillones.

—Si desea té, señorita Foster, será para mí un honor.

—Preferiría terminar cuanto antes, señor Racine. He venido, y mentiría si lo negase, intrigada.

—Ésta es mi fatalidad. Me consideran un ser extraño. ¿Té,

señorita Foster?

—Un poco de licor de cerezas.

Tenía prestancia el aventurero que tras el mostrador, eligió una botella y dos copas. Acudió, sonriendo con suave ironía amable:

—Si desea burlarse de mí, hágalo sin ambages.

—No podría, aunque quisiera. Mi hermano corre un grave peligro, y en su carta, usted decía…

—Todo a su tiempo, señorita Foster. Éste es un lapso de tiempo, que para siempre ha de grabarse en mi recuerdo. Es la primera vez que oigo su voz, que la veo humanizada, lejana para mí, pero próxima. Por favor, señorita Foster, no me haga, el agravio de atajarme. Míreme bien, y comprenderá que no soy un jovenzuelo presumido. Conozco mis limitaciones, mi origen, mi fama, pero ¿quién conoce que poseo un órgano muerto?

Se golpeó sin teatralidad el lado izquierdo del hercúleo tórax. Ella pretendió también ironizar, porque era la mejor defensa contra el embrujo de la grave voz acariciante:

—En este sitio tiene usted un instrumento persuasivo, según pretende el rumor popular.

—Bah… Rumor de cocinas y folletinistas. No soy un *gángster*, sino un hombre de negocios, simplemente. Un delicioso licor, aunque algo almibarado. Me temo que es como su existencia, señorita Foster.

—Suponía que iba a decirme algo semejante, que he nacido en cuna dorada, que me han rodeado con escudos protectores contra la maldad del mundo, que no conozco nada de la vida…

—Si le dijera eso, no sería quien soy, porque eso ya lo sabe usted. Pero lo que ignora es mucho, puesto que es la verdad referente a mí.

—No lo considere un desaire, pero acepté esta cita, muy contraria a mis costumbres, porque hablaba usted de mi hermano.

—Su hermano está siempre presente en la menor de mis frases, y lo comprenderá después. Un día afortunado y a la vez malhadado, un chofer torpe estuvo a punto de causar daño a la gran dama que es Clarisa Foster. He conocido damas de todas condiciones, y ninguna me dió la sensación de exquisita inteligencia y elegancia espiritual que me causó Clarisa Foster. No es elogio, sino reconocimiento de la evidencia. Usted estaba a su lado, altiva sin

desdén, y ni siquiera me miró… porque ya me había visto desde lejos, otras veces. Yo era para usted, un individuo fuera de su categoría. No es por soberbia herida, ni por capricho ofensivo, por lo que he ido alentando en mi secreta personalidad, que ningún periodista ni el más dotado de poderes de adivinación, conoce… una ambición. Puedo decir que es la primera ambición noble que he sentido. No es tampoco deseo de penetrar en la selecta sociedad, ni hacerme con los años, un ropaje de honorable ciudadano. Me agrada su franca mirada, señorita Foster.

—Hace meses que pienso en… su modo extraño de mirarme, desde su coche, esperando mis salidas de los lugares que frecuento. Al principio me ofendió, después me halagó, pero… sépalo, señor Racine. Yo adoro a mis padres, y suponiendo que pudiera sentir por usted un síntoma leve de atracción, antes…

—No lo diga. Hablaremos de su hermano. Gracias por no haberse reído de mí, señorita Foster.

—No puedo reírme de un hombre que tiene su valentía, y sabe ser cortés. Mi padre me ha educado en el código de mirar las situaciones más delicadas de frente. Tal vez me he sonrojado, porque…

—Porque es usted adorable. Perdón… Volvamos a su hermano. A raíz de la muerte de Robert Stanley, me tomé una libertad. Le vi asediando a una mariposa casquivana quién mató a Stanley, y pretendía hacer hablar a Sybil, cómo si ésta pudiera saber algo aparte de su mundo de cine, de falso brillo y de necios amoríos vulgares.

—Acusan a mi hermano de haber matado a Sybil.

—Tengo buenos conocidos en la policía. Su hermano, como supuse, no me hizo caso. Le insinué que hay otro mundo, ignorado por los que viven normalmente. Persistió en seguir a Sybil, a la cual yo mismo envié a La Crosse.

—Tiene usted un vasto campo de influencia, señor Racine.

—Hilos que sólo manejo en marionetas para mi interés. Le seré rudamente sincero. El destino de Simon Foster no me inquietaba en lo más mínimo. Me tomé la molestia de aconsejarle dejase a la policía ejercer su labor. Fué correcto conmigo, lo reconozco. Pudo haberme enviado al diablo, porque no es tímido ni apocado. Se fué a La Crosse hizo huir a la poco esquiva Sybil, y la persiguió hasta

Green Bay, donde ella apareció estrangulada, habiendo él dejado huellas de su entrada en la casa.

—¿Por qué le rehuía ella?

—Porque Sybil tenía un solo respeto. Había crecido entre el hampa más o menos dorada. Sabía que cuando alguien muere misteriosamente, y se han tenido relaciones con este alguien, es mejor alejarse de quienes pretenden indagar.

—Mi hermano no pudo matar…

—La policía pensaría de otro modo, si él se hubiese presentado.

—Mi hermano es rebelde a la ordenada vida social, que mi padre quiso fuera la suya, al regreso de la guerra. Pero si alguna vez matase, por pasión o arrebato, no rehuiría las consecuencias.

—Tanto más, si como es el caso, él no mató a Sybil Martyn.

Cogió Racine la copa, y bebió un sorbo. Ella adelantó el busto, dilatados los ojos…

—Si usted… si usted sabe algo, es su deber, es su obligación declararlo a la policía.

—La fama bien merecida de que goza Gregory Foster, se basa en que hace honor a su palabra, siempre. También en nuestro mundo, se destaca aquél que demuestra tener la honrilla del hampa. El ser más despreciable de nuestro mundo, es aquel que delata. Crecemos con esta idea tan arraigada, que salvo los cobardes indignos, ningún hombre que viva en equilibrio entre la palmeta de la Ley, y la ganancia turbia, delata a los suyos, que por tales considera a los que como él viven en esta jungla violenta y sin escrúpulos. Poseemos sobre la policía la ventaja de que sabemos muchas veces quién mató y por qué lo hizo. Pero no es asunto nuestro.

—Pero… ¡usted consiente que acusen injustamente a Simon, sabiendo que un criminal, el responsable, anda libre…!

—Yo no he dicho que supiera, sino que podría saber.

—Señor Racine, creo que nuestra entrevista ha terminado. Frecuenta hace años nuestra casa, Dick Trevor. Iré a verle, y le repetiré lo más textualmente posible lo que acaba de decirme. Le diré que usted ha afirmado categóricamente que Simon no estranguló a la pobre muchacha…

—Y yo no lo negaré. Preferiría ir una temporada a
Sing-Sing,
antes qué tildarla de alterar la verdad, señorita Foster. Pero el

teniente Trevor no ignora que yo empecé mi fortuna, como dueño de un club de juego en La Crosse. Soy jugador moderado, ahora. Pero sigo creyendo en corazonadas. Y tengo la corazonada, le diré al teniente Trevor, de que nunca un Foster estrangularía a una mujer. Si tuviera que matarla, emplearía un estilete cincelado por Cellini, o un veneno perfumado y de venta legal.

—Es usted… odioso, ahora, Racine. Está jugando conmigo.

—Eso no —y la mirada del aventurero se hizo melancólica—. Tengo ya treinta y nueve años, y a los quince gané a un tratante en ganado, un billete de cien, con dados lastrados. En el reformatorio me tundieron a palizas bien merecidas, y no me doblé. En la calle, otros que iban a lo mismo que yo, me dejaron por muerto a puntapiés, y no me doblé. Encontré elementos de cerebro superior al corriente, que quisieron dominarme, y no doblé el espinazo. Políticos influyentes, me quisieron aplastar, y perdieron… Y aparece una niña altiva, educada fríamente, que no puede saber lo que en amar apasionadamente, con locura, con éxtasis de místico ferviente… y Sterling Racine, a solas, se araña el pecho, porque no puede llorar. Para Sterling Racine, el que todo lo tiene, se ha presentado el amor con su imperio. Y se siente grotesco, porque ahora contiene sus ansias de arrodillarse. Sterling Racine no sabe rezar, porgue no le enseñaron. No puede llorar, porque agotó las lágrimas, a medida que iba perdiendo las escasas ilusiones. ¿Quién juega con quién? No tiene usted la culpa Joyce… ¿La tiene la estrella que para todos luce? Pero no vuelva a repetir que yo me burlo de usted, Joyce…

—Es… extraño, causa un efecto estremecedor, oírle hablar así. Por un instante, tuvo usted una expresión de fiera…

—Pido perdón humildemente. Y vuelvo a su hermano. Tarde o temprano tendrá que explicarse ante la policía. Le será muy difícil hacerlo con lógica. Lo lamentable es que si va a la silla eléctrica, los que más sufrirán serán como siempre los inocentes. La señora Clarisa, y el puritano Gregory. No me repita que mi deber es delatar al posible autor. ¿Qué deberes tengo yo hacia la familia Foster? Mi familia es la que endureció mi alma… No me refiero a los que me dieron nacimiento. Mi padre, un cazador francés, bailó en la horca, con valor, y fué injusto que yo desde aquel día empezara a odiar la Ley… Tenía tan sólo once años, y un hombre en la horca,

impresiona…

—Cállese, Racine, no remueva recuerdos horribles.

—Fué injusto que yo odiara a los ricos, porque mi madre, una india adivinadora del porvenir, me llevara muchas veces de excursión por bellos jardines y campos. Yo iba con un saco al hombro, y dentro metíamos flores muy delicadas, sí… Hortalizas, frutas y algunas rosas, porque le gustaban para adornarse el cabello. Murió en su carro ambulante, porque un gracioso la tiró dentro de un barril una noche de enero. Yo tenía quince años, y acabé con las gracias del asqueroso ricachón, metiéndole en un barril también. Asomaba sólo la cabeza. Hacía caras muy raras… Creo que se debían a las dos ratas hambrientas que le di por compañeras.

—Es horrible…

—No. Es puro folletín grotesco para hacerle creer que sufrí. Todo aquello no fué nada, comparado con este constante dolor que me aniquila por dentro. Soy como el payaso que sonríe para divertir, y bajo la pintura llora. Otro folletín. Y sin embargo es así la vida. Nunca debía mirar hacia Joyce Foster… porque era una Foster. Ojalá fuera usted una muchacha Smith, hija de tendero pobre. No me importaría que no me amase. Se casaría conmigo, y llegaría a quererme. Lo he conseguido todo… ¿no iba a conseguir que compartiera mi amor?

Ella susurró:

—¿A cambio de qué… usted evitaría que mi hermano…?

—No hay trueque, Joyce. No hay mercancía en venta. No hay un «toma y daca». Son dos sacrificios. Usted sacrificará su amor propio, presentándome a sus padres, y ateniéndose a las consecuencias, y yo sacrificaré mi código de cuarenta años, mi ambiente, mi trono de los bajos fondos. Puede usted aludir a Simon… pero entonces Gregory Foster preferirá sacrificar con lógica a un hijo, que a su honesta hija, mancillada por el amor deshonroso de un aventurero equívoco.

—No sé si podré hacerme comprender, Racine… No me es despreciable. Puedo comprender su actitud. Usted me… quiere por esposa, y yo… no le amo, pero… podré intentarlo, y le doy mi palabra de cumplir.

Sterling Racine tenía la facultad de que sus frases y ademanes, no resultasen teatrales. Se levantó, e inclinándose, asió la diestra de

Joyce Foster.

Apartó el vuelo del guante, y rozó apenas la tibia piel, murmurando:

—Doy por muy gloriosos, los pasados años de lodo, ya que gracias a ellos puedo acariciar la esperanza de que algún día corresponderás a mi amor. Y ahora, Joyce, otro momento difícil. Tendrás que mentir. Tendrás que decir que nos veíamos en secreto. Que nos queremos casar. Y me temo que Gregory Foster descargará sobre nosotros los rayos de la maldición.

—Prefiero que mi padre no tenga que llorar un hijo ejecutado injustamente. Me voy… y a las siete, te esperamos, Sterling. Hablaré con mis padres. Mentiré…, pero no te miento si te juro que procuraré hacerte olvidar tu triste pasado. Hasta pronto, Sterling.

Él volvió a inclinarse, en rendida reverencia.

* * *

A las seis y media, Gregory Foster llegaba al salón, malhumorado:

—¿Qué significa esta llamada urgente, Clarisa?

—Tu hija quiere hablarte, y te lo suplico, Gregory, no te enfurezcas, y prepárate a recibir una desagradable noticia.

—¿Otra locura de Simon?

Joyce Foster, cruzadas las manos en súplica íntima, recitó:

—A las siete, el señor Sterling Racine ha sido invitado a presentarse. Viene a pedirte mí mano.

Gregory Foster frunció las poderosas cejas. Fue a sentarse, y encendió un cigarro, tras escogerlo cuidadosamente.

—Hoy no es el primero de abril, Joyce. Ni el veintiocho de diciembre. Y ciertas bromas…

—Nuestra hija se entrevistaba con el señor Racine, y se quieren…

—Vete a tus habitaciones, Joyce. Yo me entenderé con ese supuesto caballero.

—Yo le quiero, y solicito tu permiso para casarme con él.

—¿Lo solicitaste para verte con él, como una vulgar…?

—¡Gregory! De nada sirve emplear palabras malsonantes. Joyce dice que ama al señor Racine. El senador Robertson y su familia han

invitado a cenar, repetidamente, al señor Racine. Sería más escandaloso oponerse.

—Salid fuera las dos. Volved a las siete. ¡Fuera!

A las siete, Gregory Foster dijo sin mirar a su esposa e hija, que acababan de entrar:

—Tienes mi consentimiento, Joyce. Pueden anunciarse los esponsales, y tan pronto os caséis, olvida que tienes padre… ¡y… muertos nazcan tus hijos!

Se levantó, dirigiéndose a la puerta. Añadió:

—Doy por recibida la petición del señor Racine. Tengo que efectuar un viaje al Este. Volveré el día que señaléis para la boda, cuanto antes mejor, porque quiero regresar a mi casa, cuando quede purificada de tu presencia, Joyce Foster.

Ella se desplomó en brazos de su madre.

Los periódicos, al día siguiente, anunciaban en grandes titulares el anuncio de los esponsales de Sterling Racine con Joyce Foster.

CAPÍTULO IX

El teniente Trevor abrió el paquete que sobre su mesa, entre el correo oficial, había traído la saca de correspondencia.

Contenía unas cartas, firmadas por Robert Stanley, unas, otras por Xavier Gordon, y las menos por Sybil Martyn.

Las leyó con avidez. A las diez de la mañana, descendía de su coche, ante el umbral de una clínica de La Crosse.

A las diez menos diez, por teléfono, una voz iba inquietando a Xavier Gordon, fotógrafo de La Crosse, que convalecía de lesiones producidas al clavarse en cuello y espalda, astillas del enrejado de listones de la glorieta donde intentó atacar a Simon Foster.

La voz decía:

—… No registraste bien la casa de Sybil en Green Bay, Xavier. En un cajón secreto han encontrado cartas. La policía está al llegar. Habla sólo ante un abogado que te enviaré. Y no estarás ni un mes encerrado. Pero aguanta y con calma.

Y al otro lado, colgaron el aparato.

Xavier Gordon, demudado, sacó las piernas de la cama. Su primer reflejo instintivo era huir. Pero no llegaría lejos, ahora que ya la policía estaba al llegar. Y contando con el apoyo de Racine… esperaría.

Vió llegar a un joven con aspecto deportivo. En la puerta, a cada lado, otros dos individuos, menos deportivos…

—En el registro clínico, consta que su sangre pertenece al grupo linfático
«Seg-2»,
la misma hallada en el gatillo que usted apretó contra Robert Stanley, abandonando la pistola en la alcoba del «River».

—Quisiera saber quién es usted.

—Teniente Trevor, de Homicidios. Fué usted endiabladamente listo, buscándose la coartada de ingresar en esta clínica, la noche en que Simon Foster le vapuleó. Pero a la tarde siguiente, y lo comprobaremos fácilmente, usted a las siete abandonaba esta clínica. Había pretextado que quería dormir, para que le dejaran solo. Cogió un avión, y a las nueve estrangulaba a Sybil Martyn. Amaneció aquí. Tiene arte para escalar muros, y buscar la ocasión de matar para que otro cargue la culpa. Poseo cartas suficientemente claras, que demuestran que usted odiaba a Stanley, porque éste se apoderó de un invento que usted pretendía ser suyo. Y que repetidamente, dado su genio violento, amenazó a Sybil de estrangularla. Si pudo salir para matar, igual podrá salir para morir legalmente. Vístase, Gordon.

—Reclamó un abogado.

—Lo tendrá. Es su derecho.

Mientras, con dificultad que exageraba, se iba vistiendo Gordon, Trevor expuso:

—Tanto fotografiar a Sybil debió inmunizarle. Es usted muy cobardemente astuto, Gordon. Acechando poder matar sin riesgo. Creyó que como todo acusaba a Foster, éste cogería la pistola, y saldría huyendo sin darse cuenta que llevaba en la cazadora la cartera de Stanley, y que le hubiesen detenido apenas diera unos pasos fuera del «River», seguramente delatado por usted mismo al acecho. Yo no sé qué móvil impulsa a los más astutos, a escribir a la mujer que les avasalla. En su laboratorio de La Crosse, Stanley y usted colaboraban en un invento electrónico, que patentó sólo Stanley. En fin, el fiscal sabrá cumplir con su deber.

En la celda de interrogatorio, el técnico pericial hizo otra prueba suplementaria. La sangre hallada en el gatillo, era la de Xavier Gordon. Su índice derecho mostraba aún un corte medio cicatrizado, que desde un principio había recubierto con coloidal sólido.

—Reclamo mi derecho a ser asistido por mi abogado.

—Ya vendrá. Ahora debe firmar aquí. Es la comprobación de su salida subrepticia de la clínica, avalada por la declaración de la azafata del avión correo en su trayecto de La Crosse a Green Bay. En ella, usted fingía dormir, alzadas las solapas, pero las mujeres son curiosas, y al descender, seguro de su nombre falso, y sus

solapas alzadas, usted fué al bar. Ella le vió beber, y quedó tranquila. No era el hombre que ella pensaba, creyéndole el marido de una amiga suya. ¿Firma?

—Con mi abogado delante, sí.

—Es su derecho.

Media hora después un abogado criminalista, muy renombrado, estrechó la diestra de Gordon.

—Seremos concisos, Gordon. Usted tiene la sangre linfática, pero el carácter irascible. Stanley le robó un invento, que produciría muchos miles, al aplicarse a la industria doméstica. Stanley, no contento con robarle el fruto de sus sudores, intentaba robarle también la prometida con la que iba a casarse. Ella se burló de usted. Un hombre afrentado, no puede conservar la sangre fría. Admita los cargos, como premisa, pero añadiremos que no recuerda bien lo que pasó, ya que actuó cegado por la ira legítima. Han entregado al juez determinadas cartas que si acusan, también defienden.

Descendió el tono de voz, para casi al oído añadir:

—Serán comprados los policías de escolta que le llevarán al primer acto judicial. En las escaleras de la Sala Sexta corra hacia los lavabos. Ellos dispararán para salvar su responsabilidad. En los lavabos, Bradock y Malters, tendrán ya la escala, y un coche abajo.

Alzó de nuevo la voz:

—No veo pues inconveniente en admitir ciertas pruebas testificales, de las que nos valdremos para demostrar la innegable defensa legítima ante el estafador de un honrado trabajo, y la mujer falsa que hacía escarnio de usted. Pediré que mañana mismo le lleven ante el juez en la Sala Sexta para efectuar una completa declaración.

Al día siguiente, a las once de la mañana, mientras subía las escaleras que conducían a la Sala Sexta, escoltado por dos agente y esposado, Xavier Gordon examinaba la topografía.

Era fácil salvar la distancia de veinte pasos que le separaba de los lavabos, en sentido opuesto a la Sala.

Echó a correr, desprendiéndose de un codazo de la mano que le retenía. Oyó los disparos, pero siguió corriendo. Aquel dolor repentino en su espalda, sería un apósito desplazado…

Un tercer botón de fuego se hincó en su nuca, cuando ya tocaba

la puerta de los lavabos, donde no había escala, ni le esperaba abajo del muro ningún coche.

Los agentes habían cumplido su deber, tras gritar en vano, que se detuviera.

* * *

Simon Foster, al abrir los ojos, se palpó la cabeza. Le dolía, pero en su cuerpo notaba el vigor habitual. Ignoraba que llevaba ya seis días postrado.

Intentó levantarse, pero sus rodillas entumecidas, se doblaron. Quedó sentado, examinando el interior de aquella cabaña de leños, y la hamaca.

Y de pronto todo en aluvión, como el desbordamiento de un río tumultuoso, acudieron inundando su cerebro los últimos recuerdos.

Sybil estrangulada, su huida, el *taxi* que parecía invitarle a alejarse, la alusión a un café… un golpe, y tinieblas constantes.

Abandonó la hamaca, y tambaleándose se acercó a la puerta. Vió el paisaje conocido de los gigantescos abetos, al norte de Green Bay.

Un hombre canoso, le volvía la espalda, calentando en la horquilla de ramas, un jarro de hojalata. Vestía ropa de leñador, pero con flecos de piel de antílope en los hombros.

Se aproximó. No conocía a aquel hombre, de piel rojiza, curtida.

—Hola, forastero —saludó el solitario, levantándose—. Pronto podrá tomar un buche caliente de café. Sienta bien.

—Yo… quisiera saber…

—Todo ocurrió así. Hace seis noches, yo regresaba a pie de Green Bay, donde fui a vender unas pieles de marta. No me gustan las carreteras, y voy por los atajos. Una piedra se hincó en mi suela, y molestaba. Me agaché, y fué entonces cuando vi a un individuo que parecía esperar pieza. Iba a irme, porque los asuntos ajenos no son los míos, cuando vi un coche detenerse. Coche de alquiler, del que bajó un hombre con gorra azul y blusa blanca. Y otro se apeaba del sitio del que paga. El que esperaba le dio un golpe fuerte. Y entre el chofer y el que pegó, limpiaron los bolsillos del que dejaron allí, mal tocado. Yo iba a irme, porque no son míos los asuntos ajenos. Pero tú estabas cara arriba. Me acerqué, y pensé que te había ya visto recorrer serrerías.

—Hace tres años que las frecuento. Me llamo Simon Foster.

—Y yo Crocko Ted. Estábamos en la carretera. Corté unas ramas, y te hice unas arrastraderas. Un poco más y no lo cuentas. Simon. Te puse las hierbas de espátula, y estarás fuerte, porque has tomado la mixtura del abate Lemercier, que no falla.

—¿Seis… seis días llevo aquí?

—Y horas. Toma un buche, que reconforta. Tendremos un verano bueno.

—Pero… ¿cómo no avisaste a alguien, a la policía, por ejemplo?

—Hace siete años me encerraron dos meses, por cazar en abril. Y tendrás los bolsillos vacíos. Esa gente de la policía, empieza a marear a los que no tenemos instrucción, y terminan por meterte en la liga con pez negra. Ya estás en pie, andas y respiras. El mundo es ancho, y todo propiedad del que sabe andar fuera de las carreteras.

—Yo quisiera recompensarte las molestias, Crocko Ted.

—Te he puesto cinco dólares en el bolsillo. Ven por agosto, y si puedes me los devuelves, pero preferiría que me ayudaras unos días, a poner trampas en el charco de los gamos. Un hombre solo, a veces se aburre.

—Yo me quedaría aquí, Ted, pero… te prometo que volveré, Choca, Ted.

—Por agosto te espero, no más pronto del cinco ni más tarde del veinte. Los gamos tienen sus caprichos, Simon.

—¿Puedes decirme cómo era el que me golpeó?

—Alto, y ancho, pero llevaba las solapas de su abrigo en alto, y un sombrero casi sobre la nariz.

—¿Leíste los números de la matrícula del coche?

—Los únicos números que leo, son los palos de mi calendario de caza.

—Hasta pronto, Ted. No sabes cuánto te agradezco…

—Vas a la ciudad, y no tendrás quien te recoja si vuelves a meterte dentro de una caja sobre ruedas. Camina lejos de carreteras, y llegarás a viejo, apartándote de la furia amarilla que rueda con prisas, como si corras o no, pudieras evitar llegar al infierno.

Simon Foster caminó apresuradamente hacia Marinnette. En el kiosco de la estación de autocares, compró los periódicos de la semana transcurrida, editados en Madison, Green Bay y La Crosse.

Los reservaban para leñadores y cazadores que aparecían quincenalmente, y se vendían a mitad de precio.

Devoró con ansia todas las noticias referentes a Sybil Martyn.

Un titular le produjo una inmensa alegría:

> «XAVIER GORDON, fotógrafo de LA CROSSE, confiesa ser el ASESINO DE ROBERT STANLEY y SYBIL MARTYN».
>
> »Por celos contra el hombre que le había robado un invento, en que trabajaban juntos».
>
> »El teniente Richard Trevor de la Brigada de Homicidios, ha llevado este caso en forma brillante. Pocos eran los que sabían que el índice asesino dejó sus huellas, y uno que lo sabía era el teniente Trevor, que con dinámica cerebralidad, fué destruyendo las coartadas del hábil criminal del índice marcado…».

Otro titular le sorprendió:

> «EL ÍNDICE ASESINO, INTENTA FUGARSE».
>
> «Xavier Gordon, al que la prensa llamaba “el Índice Asesino”, ha muerto esta mañana, cuando al ser conducido hacia la Sala Sexta a declarar, intentó evadirse. Los dos agentes que le custodiaban, dieron las voces reglamentarias, pero Xavier Gordon iba a conseguir su propósito de fugarse, y alcanzaba ya el acceso a los lavabos, cuando cayó fulminado…».

Sentado en un banco, esperando el autocar que había de conducirle a Madison, iba recorriendo Foster con tranquila ojeada otros titulares.

> «GREGORY FOSTER, nuestro PROHOMBRE, emprende una gira Al OESTE».

—Vaya —sonrió Simon Foster—. Una visita a los posibles clientes, preparando el terreno para la Convención, en la que desgraciadamente, o por suerte, estaré presente. Lo prometiste, Simms, y ningún Foster falla en sus promesas.

Siguió leyendo, ya en el autocar, cuyo cobrador aceptó los tres dólares de paga y señal, consintiendo percibir los otros cuatro, en Madison, y una cena de propina.

El paisaje distraía a Simon Foster. Era como revivir, después de las dos horribles sacudidas emotivas, que como descargas en noche de tormenta, iluminaron de tétricos reflejos su camino.

Durmió, después de aceptar los bocadillos y cerveza a que le invitó el cobrador.

A las seis, faltando escasamente media hora para llegar a Madison, desdobló Foster un periódico, que no gozaba de su predilección por ser muy prolijo en cuestiones de modas, reuniones sociales…

Crispó las manos, arrugando el papel, donde aparecían dos fotos; la de Joyce, su hermana, y la de Sterling Racine.

> «HAN SIDO FORMALIZADOS LOS ESPONSALES DE Joyce FOSTER CON EL CONOCIDO Y AFORTUNADO STERLING RACINE».

La columna bajo el recuadro de las dos fotos, decía:

> «En la mejor sociedad de Madison, ha causado sorpresa el anuncio de la próxima boda de Joyce Foster, una de nuestras damitas más solicitadas. Se comentaba que Joyce esperaba un Príncipe Azul, porque había rechazado peticiones muy envidiables. En cuarta página, damos un reportaje de los novios».

En cuarta página, otra fotografía mostraba a Racine y Joyce, del brazo, saliendo del «Astoria».

> «Sterling Racine muy amablemente nos sonríe,

declarando:

»—Sean buenos muchachos, y perdonen, pero tenemos prisa.

»—¿Es cierto, señor Racine, que hace ya dos años que mantenían relaciones como novios?

»—Desde que nacimos, aunque yo aguardé casi veinte años a la que por bendición me destinaban.

»—¿Es cierto, señorita Foster, que es su primer amor?

»—Es mi futuro marido.

»—¿Es cierto que el señor Gregory Foster se ha ausentado?

»—Reclamado por urgentes compromisos ya señalados. Pero volverá para la boda, aunque tenga que abreviar importantes entrevistas —nos contesta Racine. Y añade—: No hay barrera tan infranqueable como la de los chicos de la Prensa. Permitan, muchachos, pero tendríamos que estar ya en discusiones placenteras con el decorador.

»—Una última pregunta, señor Racine. ¿Es cierto que pasarán la luna sabrosa en la Costa Azul?

»—Sí.

»—Entonces, ¿se retira definitivamente de los negocios, señor Racine?

»—Tengo la edad oportuna, para no insistir en aumentar mis rentas; ahora poseo el supremo tesoro que pocos encuentran.

»Y con mirada elocuente a su prometida, Sterling Racine se aleja hacia su coche. Un espectador, posiblemente embriagado, irresponsable, comentó:

»—El pirata moderno raptando la princesa, y nosotros embobados.

»Por suerte, este comentario que repudiamos por su injurioso contenido, no fué oído por el señor Sterling Racine, a quien deseamos, al igual que a su bellísima

prometida, un porvenir de merecida felicidad».



Cayó desplomado, brutalmente golpeado...

El cobrador del autocar llamó al que se alejaba:

—¡Eh, mis cuatro dólares y la cena!

Pensó que la gente era muy variable. Un hombre que sube silbando, verdadera imagen de la tranquila alegría, y que baja con

ceño sombrío.

—Venga conmigo, es aquí cerca.

El cobrador esperó intranquilo, aunque su conciencia no le reprochara grandes pecados. El umbral donde esperaba era el de la Brigada Criminal. Un policía le entregó diez dólares.

En el despacho del teniente Trevor, explicó Foster cuanto hizo, hasta que un leñador le recogió tras el atraco.

—Tendrás que declararlo por escrito, y espero que el capitán O’Brady
no tome a mal tu huida, ya que no podías prever que te iban a atracar. Bien, celebro que…

—Al grano, Trevor. ¿Qué es esta absurda noticia que he leído?

Richard Trevor se encogió de hombros.

—No es posible. Joyce es sensata.

—Pensé también lo mismo, pero… Joyce se ha enamorado.

—Racine es un criminal.

—Se le han achacado muchos crímenes, pero demostrado ninguno. Tal vez algún día, puedan demostrársele, aunque lo dudo. Habrá tomado sus medidas. Es indudable que está enamorado de Joyce.

—¿Y tú… tú lo permites?

Sonrojados loe pómulos, secamente ronco, replicó Trevor:

—No sé cómo puedo evitar que dos personas se enamoren. Como policía, no tengo cargo contra Racine. Y como particular, de nada me serviría decirle a Joyce, que merecía mejor marido.

—Entre otras cosas, Stanley me dijo… que tú estabas enamorado de Joyce. Tiene gracia que yo replicase que un policía de buena familia, merecería con ciertos reparos, la aprobación de Gregory Foster. ¿Cómo… aceptó él a este hombre?

—Nadie mejor indicado para saberlo que tú, si esta noche cenas en la casa que no debiste abandonar a tu regreso de la guerra.

—Hay reproche en tu mirada, teniente Trevor.

—Será el oficio. Perdóname, pero tengo trabajo, Simon Foster.

En la calle, Simon Foster que caminaba contra su costumbre, cabeza gacha, la irguió de pronto.

Sterling Racine durante años había soslayado hábilmente todos los ataques de expertos policías. Un maestro en intrigas…

CAPÍTULO X

Clarisa Foster tras las efusiones declaró solamente:

—Nunca he llorado tan a gusto, Simms. Y bendito sea este Crocko Ted que te salvó de morir de frío con la cabeza herida, en una carretera… Malos caminos.

—Que ya he abandonado, madre. Haré lo que prometí a mi creador. ¿Por qué me miras así, Joyce?

—Debes haber sabido mi próxima boda con Sterling Racine.

—Naturalmente. Yo estuve a punto de casarme con una simpática camarera de cantina, y Sterling es mucho más prestigioso. Si la familia ha consentido, ¿voy yo a ser tan estúpido como para emitir notas discordantes?

—Iré a vigilar la cocida. La cena del retorno del hijo descarriado.

A solas, Joyce vino a sentarse en el brazo del sillón. Aplicó su cara contra la de su hermano.

—¿Te ha defraudado, verdad, que yo… ame a Sterling?

—Un Príncipe de Gales me habría parecido poco para ti. Pero si le quieres, es lo esencial.

Cenaron, y Simon Foster se comportó normalmente, casi humorísticamente. A las diez de la noche, dijo que iba a visitar a Elsa Stanley.

Fue al bar donde había conocido a Sterling Racine.

—No acude ya el señor Racine.

—Denme un teléfono suyo. Soy su futuro cuñado.

—Al instante.

Al teléfono, la voz agradable de Racine, saludó:

—… Bienvenido, señor Foster.

—… Deseo felicitarle, Racine. ¿Dónde nos vemos?

—… Ésta es su casa, si me honra con su visita. Tengo un coñac añejo, a cuya tibieza, podemos conversar.

Diez minutos después, entraba Foster en el salón particular de la suntuosa mansión de Sterling Racine, que en pie, le sonrió:

—Me ha telefoneado Joyce, diciéndome que usted no tomó muy a lo trágico el poco halagüeño título de cuñado futuro.

—¿Dónde está su coñac, Sterling?

—Entibiándose las copas. Siéntese, señor Foster.

—Me fue usted simpático, Sterling, y con toda simpatía le mataré.

Simon Foster pronunció las últimas palabras con calmosa entonación. Se sentó.

En pie, frente a él, Sterling Racine ladeó el rostro, como si escuchara un eco.

—Creo haber oído una referencia lúgubre y poco coherente.

Se dirigió a un mueble, del que extrajo dos copas y un frasco de «Curvoisier». Escanció y llevó las dos copas a una mesita, entre los dos sillones, sentándose.

—La mirada con que me distingue, la he visto en ojos de tirador infalible, señor Foster. No podemos detener el curso del Destino. Si Joyce sinceramente me quiere, ¿qué culpa tengo yo de mi pasado? No me dieron a elegir.

—Un disco que a mí no me emociona, Sterling. Pudo usted trabajar.

—No había nacido para ser esclavo. Ni tuve medios para ir a la Universidad.

—Voy conociéndole. Habla como una víctima de la sociedad. ¿Es que no tenían hijos y familiares, los rivales a los que usted arruinó, con trampas hábiles?

—Sobrevive el más apto. No debe ser duro conmigo, ya que Joyce le quiere, a usted, y le apenaría que no existiera entre nosotros dos, conllevancia.

—Hace siete días usted era la babosa, y cito sus propias palabras, que suspiraba sin esperanzas por la imposible estrella. Y pasado mañana, hay boda. ¿Con qué salsa quiere hacerme tragar este indigesto potaje?

—Un léxico guerrero, señor Foster.

—Apto para personas mayorcitas, Sterling. Yo le admito la

atenuante de que usted, hombre sin amores limpios, anheló la rectitud que respira toda mi familia… menos yo. Me acusaron de la muerte de Stanley, y no fui yo. Me acusaron de la muerte de Sybil, y no fui yo. ¿Usted cree que Joyce seguiría amándole, si usted me matase?

—Por favor, señor Foster, pruebe mi coñac. Ha elegido usted un tema muy macabro.

—Le doy otro tema. Pasado mañana usted no se casará, porque de aquí a entonces, uno de los dos, habrá perdido lo que más quiere. Yo mi libertad. Usted a Joyce.

—Lamento reconocer que hay velada amenaza. Y nunca las consentí.

—Ya era hora, que alguien empezara. Pero no quiero aparecerle un bravucón de buena familia, horrorizado ante la idea de que una Foster se case con un ser de otro planeta. Hubiera aceptado un barrendero, porque con un buen baño, se le quita la polvareda. No voy a pedirle cuentas de su pasado, sino de siete días, o de más días: depende del momento en que tuvo usted la inspiradísima idea de encontrar un medio de solicitar triunfalmente la mano de mi hermanita.

—Me temo que se desliza usted por la grotesca pendiente del folletín.

—Del que sabe usted aprovecharse, para inspirar un sensible beneficio.

—Yo no soy un experto policía. Soy un vagabundo malpensado. Han cerrado el expediente Stanley-Sybil, y murió Gordon, por cierto muy tontamente. Un hábil asesino, corriendo veinte metros, dando la espalda…

—La desesperación del asesino al verse perdido, no le permite calcular las posibilidades en contra.

—Tenía un abogado excelente. El Índice Asesino es el que dispara, según la fría lógica, pero hay muchos Índices Asesinos a los que la justicia no castiga. Me refiero al índice que señala.

—Le sobraban motivos a Gordon para querer vengarse.

—¿Exactamente en el momento en que yo dormía borracho junto a Stanley? ¿Precisamente mientras yo estaba sonsacando una dirección a un fotógrafo llamado Jacob? ¿Y unos oportunos atracadores y un no menos oportuno cazador de ojos muy juntos,

que me tuvieron en el Limbo, para qué yo apareciera como fugitivo escondido? ¿Y durante estos tres sucesos, mi hermana se enamora, hay campanitas de esponsales y tocan a boda?

Sterling Racine paladeó su coñac con verdadera fruición.

—Excelente —comentó Foster, tras beber—. Voy a visitar a la señora Elsa Stanley. No tiene un coñac tan bueno, pero conserva ciertas cartas de su esposo. A mí me las dará.

—Como pertenece a quien fué el mejor amigo de guerra de Stanley. No puedo ofenderme por sus cábalas, señor Foster. Admito que está usted en su derecho. Stanley no escribió nunca cartas a su esposa. Sabía que ella lo consideraba una molestia mutua.

—Puede. ¿Conoce el juego de la camisa pegada al cuerpo? Se emplean hachas cortas, de desbastar. Se van arrojando contra un tronco, en el que se apoya un hombre, que no se mueve, porque el silbido del hacha no es mortal, si se permanece quieto. Tengo la intención de darle a conocer este juego que aprendí en mis correrías, a los siguientes señores; por orden de entrada en el campo de juego, que es un simple tronco en un lugar solitario: el señor Patterson, honorable abogado, el único que habló con Gordon, salvo la policía. El señor John Jacob, fotógrafo de arte, y los rufianes llamados Bradock y Malters. Tal vez se decidan a revelarme datos concretos. No tengo ninguna prueba, Sterling Racine, sólo el convencimiento absoluto de que usted ha empleado una cochina trampa conmigo. Y antes que transcurran cuarenta y ocho horas, a uno de nosotros dos, la camisa se le pegará al cuerpo.

—Su juego del hacha tiene un final lógico. Lo encerrarán a usted en sitio donde no comprometa la salud pública. Buenas noches, señor Foster. He tolerado hasta mi límite máximo.

—Gracias por su tolerancia. Tal vez le convendría llamar a sus dos escoltas, porque de aquí, voy a visitar a un buen amigo. El teniente Dick Trevor.

—Goza de mis simpatías. Buenas noches.

Le abrió la puerta Bradock, y en el exterior Malters, invitó:

—El señor Racine acaba de ordenarme ponga a su disposición el coche, señor Foster.

—No es mala idea. Así llegaré antes a comisaría. Buenas noches. El coche lo devolveré mañana, pasado a más tardar, antes de la boda.

Un amplio «Cadillac», cuyo embrague era seda pura, y que se deslizaba como una canoa por un lago tranquilo.

En comisaría le dieron a Foster la dirección particular de Trevor, al que encontró con batín.

—¿Resuelves los casos, fumando en pipa, al calor de la lumbre?

—No creas que es mal procedimiento. Así pongo en su lugar las piezas sueltas. Siéntate, porque supongo que me dirás como se desarrolló tu entrevista con Racine.

—¿Estoy vigilado?

—Tú no. Pero ellos sí, particularmente, por mi cuenta. Oficialmente, podrían pensar que el despecho de… Bien, ya sabes… Me iré de Madison, si pasado mañana Joyce…

—Madison te verá con nietos, y esperó sean Foster-Trevor. Fui para decirle a Racine…

—Que carecías totalmente de pruebas, pero qué tenías el convencimiento absoluto de que él te había envuelto en sus tentáculos de pulpo con mucho cerebro.

Abrió Foster su americana, mirando su camisa, y sonrió sin alegría:

—Pensé que me habías colocado disimuladamente un grabadiscos.

—Comprendí que llegarías a mis mismas conclusiones, que nos rebatirían oficialmente, porque eres un Foster y tienes hostilidades a Racine, y yo soy un remilgado policía que soñó con inspirar afecto a Joyce. Que matasen a Stanley, estando tú bebido, no me extrañó. Una coartada digna de aprovechar, si Gordon, acechaba constantemente el momento oportuno. El modo con que Racine te indujo a perseguir a Sybil, haciendo como que te aconsejaba que no lo hicieras, tampoco es sospechoso. Que tú llegaras a los pocos instantes de ser estrangulada Sybil, permite la siguiente hipótesis; Racine o uno de sus hombres, te siguen paso a paso, y avisan a Gordon, con tiempo, para que liquide a Sybil. La quería, pero pudo decirle Racine, que ella pensaba acusarle del asesinato de Stanley.

—¡Eso es!

—Magníficas hipótesis, valederas en geometría, pero no ante un jurado. El *taxi* que te espera, y el hombre que te golpea, así como el que te recoge, ponen epílogo a tu comprometida situación. Era lógico que tú reaccionaras huyendo, como ya pudiste hacerlo en el

«River». Y es lógico que un hombre sin escrúpulos como Racine, que por vez primera se enamora, considere que el mejor modo de llegar a su propósito, es colocar a Joyce ante la alternativa de tu captura, con una defensa muy mala, o que aparezca el verdadero asesino. Gordon tenía el índice marcado, pero podía revelar quién le impulsó a matar. Y los dos policías que le escoltaban, declararon que fué inesperada su huida, porque en el coche y durante todo el recorrido, estaba de muy buen humor.

—Porque debieron prometerle que se fugaría con la ayuda…

—Hipótesis, siempre hipótesis.

—Joyce puede declarar…

—¿Que Racine le hizo un chantaje? Yo recibí unas cartas de Sybil, Stanley y Gordon, pieza acusatoria. Me las remitió Racine. ¿En qué me baso para creerlo así? En hipótesis, el peor enemigo del investigador.

—Yo tengo dos noches y un día para a mi modo, sin trabas legales, intentar qué hablen el abogado Patterson, el fotógrafo Jacob y los dos matones de confianza de Racine: Malters y Bradock. Y el que me salvó: Crocko Ted. Tenía cierto parecido con Racine. Sería por su sangre india.

—Iremos a visitar a Patterson mañana por la mañana, provistos de un mandamiento judicial, de entrada a su despacho. Una vez dentro, la Ley nos ampara. Pero dudo, que emplees los medios que emplees, puedas obtener de un leguleyo listo, nada convincente. Hacen falta pruebas.

—¿Qué clase de negocios llevaba Stanley?

—Parece que algún invento le produjo bastante dinero. Por ahora, nada nuevo.

—Le dije a Racine que Elsa Stanley tenía unas cartas de su marido, dando a entender que podían serle comprometedoras.

—Nos las hubiera dado ya. Y esto lo sabe Racine.

—Sea como sea, pasado mañana, si repican campanas serán a funeral. Una declaración privada, Dick Trevor.

—En mi casa estoy, Simon Foster. Pero confiemos en que esta noche será buena consejera.

A la mañana siguiente, en primera plana de todos los periódicos, grandes titulares tenían estallido de sensación:

«TRAGICA “DESPEDIDA DE SOLTERO”».

«UN ATENTADO SALVAJE».

«A la una de la madrugada, en el "Sunbeam" de Appleton, Sterling Racine inició la cena de despedida de soltero, invitando a varias amistades íntimas, que relacionamos: el abogado Patterson, dos fotógrafos de arte, los señores Schomberg y Jacob, dos asociados suyos, Bradock y Malters, y un pariente que residía en las montañas del litoral al Norte, un cazador solitario con el pintoresco nombre de Crocko Ted. La cena de madrugada, transcurrió en plena armonía y cordialidad. Abandonaron el "Sunbeam" a las cuatro, y subieron al coche de Racine. Los soñolientos camareros oyeron el ruido del motor en marcha, y una enorme explosión. En los restos del coche, se ha comprobado la existencia de un contacto con la ignición, demostrando la investigación técnica que fueron colocados cartuchos de dinamita, en mecha corrida en el cárter e interior del coche. Perecieron todos sus ocupantes destrozados. El señor Sterling Racine salvó de milagro la vida, en el atentado seguramente dirigido contra él principalmente, ya que era uno de sus automóviles, debido a que el dueño del "Sunbeam" cuando ya se dirigía el señor Racine al coche, le llamó para entregarle el reloj pulsera que éste se había dejado sobre el mostrador. La explosión hirió en el brazo izquierdo y en la cara, pero sin gravedad, al señor Sterling Racine. La policía está realizando activas gestiones, para encontrar al autor del bárbaro atentado».

CAPÍTULO XI

Sterling Racine, con el brazo izquierdo en cabestrillo y parcheado de esparadrapo parte del rostro, soportó un largo interrogatorio ante un juez especial, en Appleton.

Tampoco pudo eludir el asalto de los periodistas, que habían acudido desde diversas ciudades del Wisconsin. Uno de ellos, el más veterano, de Madison, inició el difícil reportaje:

—Comprendemos que deseará descansar, señor Racine, pero el suceso ha promovido muchos comentarios, que nadie mejor calificado que usted, podrá disipar.

Sterling Racine, ardientes los ojos, fué enfático, sin teatralidad, al erguirse entre el cerco de indiscretos profesionales:

—He visto morir ante mí, despedazados, seis amigos, porque fueron mis asociados fieles, y juntos corrimos todos los riesgos inherentes a los intrincados negocios, propios de la época que vivimos. Yo sé que alguno de ustedes calificará este suceso, como «extinción de la banda de Racine». No culpo a nadie de mi pasado tormentoso, pero aspiro a la paz, señores, aspiro a ser un vulgar ciudadano. He sido siempre cortés con todos ustedes. Estoy infinitamente cansado, y les agradecería me relevaran de todo interrogatorio, puesto que acabo de satisfacer todas las preguntas legales. Ignoro absolutamente quién pudo ser el autor de esta salvaje matanza, en la que han perecido mis amigos.

—Escribió el veterano periodista en su reportaje:

> «Reiteradas veces en mi carrera me he entrevistado con Racine. Nunca le vi tan sinceramente afectado, tan humano y emotivo en su actitud. Hemos de reconocer

que si en su juventud hizo muchos equilibrios, nunca ha podido demostrarse su participación en delitos claramente clasificados, ni tampoco nunca negó que en estos tiempos de aguas revueltas, el procurar desviar las aguas hacia cauce de provecho propio, era un mal menor y universalmente extendido».

No aludía a que fué el teniente Richard Trevor, el que logró despedir a los pegajosos periodistas.

Trevor indicó el coche oficial en que había venido desde Madison.

—Le conduciré hasta el hotel, Racine, ya que prefiere no volver a su domicilio. Tengo autorización para que dos compañeros míos, impidan que sea usted importunado.

Subieron ambos, instalándose junto al volante Sterling Racine.

—Se lo agradezco, Y considero además necesario que hablemos, Trevor. Yo sé que si hice diez, me achacan mil, pero de hombre a hombre, le juro que lo sucedido esta madrugada escapa por completo a mi comprensión.

—El atentado iba dirigido contra usted. Quien lo planeó, no podía saber que todos cogerían el mismo coche, el suyo, y que usted sería el único que no subiría en él. El propietario del «Sunbeam» ha realizado unas declaraciones muy convincentes, que demuestran que usted no preparó a su favor el azar. Pero no debe sentirse mortificado por el clamor popular, que en todos sus actos sospecha maquinaciones.

—El rumor popular, no me afecta, pero hay dos opiniones que no desearía que ahora me fueran contrarias: la de los caballeros de la policía, y la de los Foster.

—Lo malo es que el acto más lógico, inspira al ser usted actor, prevención. Me ha visitado privadamente Gregory Foster.

—Me lo temía. No debió hacerlo… Puede perjudicar su honorabilidad. La Prensa podría hacer cábalas, sobre el padre político que no quiere serlo. Gregory Foster no es hombre para matar… de este modo.

—Usted le telefoneó a Des Moines, indicándole dónde se hallaba, en el «Sunbeam», y rogándole una entrevista urgente.

—En efecto. A las tres de la mañana…

—Una hora antes del atentado.

—Sí. Pero repito qué Gregory Foster, es totalmente incapaz de un acto tan incalificable. Le habrá dicho de lo que hablamos.

—Usted le hizo una declaración melodramática, porque se enteró que Foster lanzó una maldición contra los posibles hijos futuros de un enlace Foster-Racine.

—Joyce fue desde un principio sincera conmigo. Lo fue ayer tarde al decirme que empezaba a quererme, y que nuestro matrimonio sería por su parte, una espontánea entrega de alma y cuerpo. Hice constar al señor Foster, que si no por mí, por ella, debía retirar su improcedente y salvaje maldición. Hice constar al señor Foster, que el primero de sus antepasados que se instaló en Madison, fue un negrero, que se casó con dama honorable, sin que el padre de ésta, y eran tiempos más puritanos, lanzara una maldición tan execrable. Y terminé, con una afirmación: si mañana, antes de ir a la ceremonia, el señor Foster no perdona a su hija por haberse enamorado de un rufián como yo, que aspira a dejar de serlo, dejaré de ser la causa de una calamidad familiar.

—¿Suicidio, Racine? —inquirió, secamente, Trevor.

—Cuando se ama con plenitud y por una sola vez, ya tardíamente, es insoportable ser inconscientemente dañino para el que amamos.

—Ha sabido usted siempre mentir con tanta sinceridad emocionante, que ahora, cuando a lo mejor habla sinceramente, pueden creer que miente.

—¿Usted lo cree así, teniente Trevor?

—Mi opinión particular no alterará su destino, Racine. No podía usted ignorar que encontraría plena repulsa en Gregory Foster.

—Pero no pensé que llegara al extremo de maldecir tan cruelmente a su propia hija. Estoy muy fatigado, teniente Trevor, y el reciente suceso, me ha llenado de pesimismo. Es como si fuera un símbolo… Como si fuera a cumplirse la predicción de mi madre, que me previno contra un cambio de condición.

—Indudablemente, esta vez la fortuna no le sonríe, Racine. Porque anoche un poco antes de las diez, Simon Foster le avisó que iría a visitar a cada uno de los hombres, que a las cuatro de la madrugada han saltado en pedazos.

—Los reuní por dos razones: para disolver nuestra asociación, y advertirles que Simon Foster pensaba someterles a un brutal interrogatorio. Usted es amigo de Simon Foster. Ruéguele que hable con Joyce.

—No lo hará. Si de aquí a mañana, no ha sido capturado el que hizo saltar su coche, me temo que Simon Foster efectuará deducciones inconscientes, sin pruebas físicas, pero sí morales, contra usted, Racine.

Sterling Racine reclinó la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo, y cerrando los ojos dijo:

—Necesito dormir largamente, teniente Trevor. Y mañana los Foster tendrán en sus manos, mi sentencia.

—Si permanece en su habitación del hotel, hasta mañana, Racine, todos saldremos beneficiados.

—Gracias.

Ya no hablaron más. Al llegar ante el hotel escogido en Madison, Trevor condujo el coche por la entrada posterior de garajes. Dos colegas suyos se instalaron de manera que nadie pudiera importunar al hombre que quería «dormir mucho».

Anochecido ya, de regreso de diversas indagaciones, Richard Trevor encentró a Simon Foster, aguardándole en su casa.

—Supongo que tendrás ya las pruebas de que Racine preparó la liquidación por derribo de su compañía, terminando de una vez con todos los posibles reveladores de sus secretos negocios.

—El propietario del «Sunbeam»…

—Ya sé, ya sé… Declaró que él mismo llamó a Sterling cuando iba hacia el coche, en el mismo momento en que Bradock ponía el contacto. Y que el reloj estaba sobre el mostrador, porque se le había soltado un eslabón de la cadena, y el propietario se ofreció a arreglárselo. Racine puede pagar muy bien esta declaración.

—Es que resulta que el propietario del «Sunbeam» es hombre de toda nuestra confianza, plenamente adicto a nosotros. Fué inspector de policía, y siempre, ha actuado de confidente nuestro. Racine no se preparó un azar, y sé dirigía a su coche…

—Ya. ¿Otra coincidencia favorable a Racine, no? La realidad, es que yo me considero un asesino.

—¿Eh?

—Yo le dije a Racine que interrogaría a los que dinamitó.

—No debes pensar así, sin pruebas…

—¡Harto estoy de oírte mencionar esta palabra! ¡Pruebas, pruebas!…

—Gracias a ellas, y cuando todo te acusaba, se demostró tu plena inculpabilidad. Estás nervioso, y no has dormido, intentando investigar… Deja a cada cual con su oficio, Simon. Mañana a las nueve, Sterling Racine ha de visitar a tus padres, en tu casa, y a las diez, será la ceremonia. Somos más de los que crees los que estamos trabajando, y no dudes que al menor indicio sólido en contra de Racine… no habrá boda. ¿Has hablado con Joyce?

Sonrió amargamente Simon Foster:

—Este hombre debe poseer sortilegios. Joyce… y lo siento por ti, está profundamente enamorada de Sterling Racine. Voy a dormir, y dicen que la almohada es buena consejera. Hasta mañana, Trevor.

CAPÍTULO XII

A las nueve de la mañana del día siguiente, Gregory Foster y su esposa, en uno de los salones, comprendieron que acababa de llegar Sterling Racine, porque se hizo un opresivo silencio repentino entre los numerosos invitados.

Un silencio breve, porque al instante, como comprendiendo la falta de tacto social, se reanudaron las conversaciones.

Sterling Racine, precedido por un mayordomo que lo anunció con profesional impasibilidad, entró en el salón.

Vestía de chaqué, enguantada la mano izquierda, sin cabestrillo porque unos tirantes interiores sujetaban su hombro herido, y rojizas en proceso de cicatrización las heridas de su frente y mejilla.

Se inclinó para besar la diestra que tendía Clarisa Foster. Erguido se enfrentó con Gregory Foster.

—Lo que ayer por la madrugada le dije confidencialmente, señor Foster, he de rectificarlo. Para mí, Joyce representa… lo que no sé expresar. Pero es su hija, señor Foster. No será un sacrificio para mí, irme sin verla, para que siga siendo su hija, y sin remordimientos para ninguno de nosotros.

Gregory Foster, ceñudo, tan sombrío como el que dentro de una hora, sería su yerno, replicó:

—Joyce ha sostenido una larga conversación conmigo, señor. Y he decidido que fui excesivamente riguroso con ella. No puedo acogerle con cordialidad, señor, pero hago mías las palabras del primer Foster que creó un hogar, éste, en Madison. «Los errores no son pecado grave, si no se reiteran». Si la Ley no puede acusarle, no puedo considerarme más riguroso que los llamados a juzgarle. Y ahora, señor, volveré a saludarle después de la ceremonia.

Ambos efectuaron una breve inclinación de cabeza y Gregory

Foster abandonó la sala, en el mismo momento en que entraba Simon Foster.

Clarisa Foster se levantó, diciendo:

—Es costumbre antigua que los Foster inviten al que ha de formar parte de la familia, con un licor especial, Sterling. Iré a buscarlo, y podrán conversar tranquilamente Simon y usted. Cerraré la puerta.

Salió ella, y Simon Foster, con profundas ojeras, forzó una sonrisa.

—Una vez me invitó a coñac especial, Sterling. Ahora corresponde a la familia Foster invitarle. Ya lo ha oído… Una antigua costumbre. La novia está ajetreada con el complicado ritual tan anhelado por Eva. Disponemos pues casi de una hora, Sterling.

Racine no era ya un sonriente aventurero. Parecía más bien un temeroso intruso. Lo reconoció:

—El legítimo señor Foster, y aludo a su padre, ha sido justo en su severidad. Mucho he de querer a Joyce, para aun en contra de todos, persistir. Sé que soy un intruso…

Se interrumpió porque un mayordomo, tras llamar, depositó sobre una mesita, una bandeja, con un frasco de cristal tallado y dos copas.

Se retiró, cerrando la amplia puerta de dos batientes correderas.

—Un licor de fresas, de fórmula exclusiva de los Foster, Sterling. Podemos tutearnos, ya que los legítimos Foster te han aceptado.

—Usted no lo ha hecho todavía.

—¿Quién soy yo para pretenderme más remilgado que la propia policía y Gregory Foster?

Escanció en las dos copas, y bebió tras alzar la suya. Se sirvió otra, y comentó:

—Un hermoso color sangre, Sterling. A las diez y media, estarás en el avión con tu esposa, y no ha de importarte mi opinión. Pero me agradaría mucho comprobar si puedes ser sincero.

—Rabiosamente sincero —y Racine bebió la segunda copa—. No tengo honor ni puedo empeñar mi palabra. Pero tienes derecho a preguntar cuanto quieras.

—Cientos de policías te han interrogado, Sterling.

—No lo eres tú, y este instante es para mí tan solemne, como…

—Como por ejemplo, el que impregna de verdad la última hora

del condenado a muerte. Perdona el símil.

—Intento que muera mi pasado. Es pues bueno el símil.

—Una sola pregunta me bastará para juzgar tu sinceridad: ¿quién conducía el *taxi* que yo cogí al salir de casa de Sybil en Green Bay?

—Malters.

—Ah… ¿Reconoces, pues que un… asociado tuyo fué el que me llevó a un lugar desierto de la carretera? Va bien, Sterling. ¿Y quién me golpeó en la nuca, al descender del *taxi*?

—Crocko Ted, mi tío.

—Vaya… Todo entre la familia. Me agrada tu predisposición a la brutal franqueza. Tu familiar me mantuvo días y noches amodorrado, ¿con qué finalidad?

—Todo te acusaba, y yo prometí a Joyce que si ella accedía a ser mi esposa, yo entregaría al asesino de Stanley y de Sybil. Yo nada tuve que ver con la muerte de Stanley, aunque le advertí que Gordon había jurado matarle. Y Gordon acechaba la oportunidad. Te vio cenando con Stanley, y te creyó un vagabundo. Consideró la ocasión propicia para matar sin peligro. Yo lo supe después, y fué entonces, cuando al verte rondando en rededor de Sybil, decidí que constantemente te espiara uno de mis asociados. No sabía cuándo ni dónde ni cómo, actuaría Gordon, y también le aconsejé a Sybil que dejara de jugar con el violento carácter de Xavier Gordon. Un consejo que no atendió, y le costó la vida. Para mí, fué la ocasión de obtener sin escrúpulos, lo que después, Joyce, aceptó de corazón, al yo relevarla de su pacto.

—Admite que fuiste tú quien enviaste a Gordon.

—No. Él tenía privados motivos de odio contra Stanley y contra la casquivana Sybil. Yo te aconsejé, que no intentases penetrar en el obscuro mundo… como también indiqué a Sybil que enfurecer a Gordon, era como colocar una mecha en un barril de pólvora. Vi que tú seguías una senda imprudente, y si en la glorieta de La Crosse, no llegas a quitarle el sentido a Xavier Gordon, posiblemente allí…

Por dos veces, Sterling Racine se había llevado la diestra al estómago, dominando una contracción facial. Comentó:

—Será la falta de costumbre de tomar licor de fresas. Siento ardor en el estómago.

—Es un licor fuerte del que no conviene abusar —dijo Simon Foster, cogiendo el frasco, y escanciándose la tercera copa que apuró, para reclinarse más, arrellanado en el sillón, frente a Racine —. ¿Qué negocios tenía contigo Stanley?

—Yo no fui a buscarle. Vino él. Tenía ofertas de piedras preciosas de refugiados europeos en el Canadá, que podía montar en aderezos aquí si lograba dos cosas: un taller y quien trajera las piedras desde el Canadá, sin pagar el elevado coste de aduanas, y pudiera luego venderlas a joyeros. Yo. El taller lo montó en los estudios de Schomberg y de Jacob. Crocko Ted, con Malters y Bradock alternativamente, traía las piedras desde el Canadá, burlando a los agentes del fisco.

—Voy ahora viendo claro todo lo obscuro, Sterling. ¿Quién mató a Xavier Gordon?

—Dos policías. Él creyó que podría huir. Era un vulgar asesino, y no merecía siquiera un juicio formal, donde posiblemente habría delatado un negocio, que a nadie perjudica, puesto que los que compran joyas, no merecen la consideración del que es comprador de artículos de primera necesidad. Yo no he acaparado nunca trigo, ni he necesitado matar… salvo cuando algún rival pretendía, pistola en mano…

Contrajo de nuevo el rostro y murmuró:

—No sé si será el efecto del soporífero que tomé… pero me encuentro indispuesto. Parece como si mis piernas…

Miró a Simon Foster, que también tenía las piernas extendidas, y que asintió:

—Como si tus piernas se negasen a obedecerte, ¿verdad, Sterling? Una experiencia nueva. Todo te obedecía… hasta el dueño del «Sunbeam» al llamarte tan oportunamente.

—No puedes ser tan injusto, como para creer que yo pude matar tan cobardemente a mis propios…

Se interrumpió Racine, porque veía cómo Simon Foster, con dificultad, estiraba un brazo, y asiendo la botella, la lanzaba al fondo de la sala, donde se estrelló contra el hogar.

—Yo sabía que Clarisa Foster cumpliría con el ritual, Sterling. Traería el frasco de las ocasiones excepcionales, del que los Foster beberían contigo, antes de salir. Esta madrugada he colocado en el licor de fresa una hierba que conocí en mis vagabundeos. Es

venenosa, y no tiene antídoto conocido. Yo por autor moral de las muertes de tus socios… y tú por ser el índice asesino, vamos a pagar, sin más juez que nosotros mismos, Sterling Racine. Los síntomas son evidentes… No puedes moverte, ni podemos alzar demasiado la voz… A solas, moriremos, Sterling Racine. Y casi te tengo lástima, porque deseabas redención, pero no bastaba el amor que sentías por Joyce… Es posible que hayas sido sincero, y no enviaras a Gordon para matar a Stanley y a Sybil… pero ayer por la madrugada cometiste un crimen… sin paliativos ni perdón… Vamos a morir, Sterling Racine.

Sterling Racine logró incorporarse. En sus entrañas algo ardiente mordía con agudo dolor. Gimió:

—Maldito seas tú…

Pero Simon Foster ya no oía nada, ni pudo ver cómo arrastrándose, en sobrehumano esfuerzo, Sterling Racine intentaba alcanzar la puerta. No lo consiguió, cayendo de bruces sobre la alfombra.

Ladeó la cara, y en brusco sollozo, musitó:

—Joyce… Joyce… De nada ha servido mi franqueza con el que… quise supiera que no soy un… índice asesino… ¡Joyce!

Fué su última exclamación, antes de quedarse rígido, cuando abriendo la puerta entraba Clarisa Foster, a quien un mayordomo comunicó haber oído un frasco estrellarse, como lanzado en pelea…

Clarisa Foster, dilatados los ojos de horror, vió a los dos hombres exánimes… En el suelo, el índice derecho de Sterling Racine apuntaba hacia el que en su sillón, era viva imagen lívida de la muerte.

Capítulo XIII

«Rumbo a las Bermudas Surca el Septimo Cielo el Avion con la Feliz Pareja Sterling y Joyce Racine».

«La boda se retrasó, debido al parecer a encontrarse aún indispuesto de sus recientes heridas, Sterling Racine, o tal vez a la emoción de futuro y novato esposo…».

«*Es como resucitar* —declaró, antes de subir al avión donde esperaba impaciente su esposa».

«Y realmente, Sterling Racine estaba palidísimo. El águila de los misteriosos negocios, el hombre de los nervios de acero, era uno de tantos Smith en el umbral del casorio…».

«*Regresaré al Wisconsin*, cuando *las investigaciones federales* demuestren que sin ser un santo, no soy tampoco el *gángster* que muchos creen. Si defraudé ciertas leyes aduaneras, *pagaré los impuestos y multas*, como cualquier ciudadano», declaro eufóricamente Sterling Racine. «Deseo ponerme al corriente con la conciencia ciudadana, ya que la mía personal, no me reprocha ninguna infamia, aunque admito que ayude en muchas ocasiones mi buena estrella de la Oportunidad. Nací pobre y no me importa volver a serlo, porque poseo un tesoro difícil de hallar: una esposa que cree en mí, y por la que estoy dispuesto a convertirme en el más humilde de los trabajadores. Y

lo declaro con orgullo».

«*No es mi redención*, sino *el final de una leyenda* de temible emperador de los bajos fondos, que yo mismo *exploté*, y que debe cesar».

Los periódicos del Wisconsin insertaban también la declaración del teniente Richard Trevor, según la cual, anticipaba que los delitos de Sterling Racine eran de jurisdicción de la Tesorería, sin responsabilidad criminal.

Y en privado, Richard Trevor, encerrado en la habitación-estudio de Simon Foster, aclaró varios enigmas:

—Te hice vigilar constantemente, y uno de mis colegas, te vió esta madrugada manipular con un frasco, cuyo contenido hice analizar en el laboratorio. Renovamos el licor de fresa, añadiendo en vez de la hierba venenosa que tú pusiste, un tóxico inofensivo, podría decir, aunque algo doloroso, y que produjera efectos aparatosos. Era un medio de oír hablar claro a Racine, porque creí que le anunciarías mucho antes el envenenamiento. Cuando tu madre apareció, pude tranquilizarla. Preferí que al recuperar el sentido, tras la administración del mismo antídoto que has ingerido, Racine no volviera a verte. Creo… que fué mejor.

Simon Foster, lívido, se daba masajes en el estómago. Un temblor nervioso sacudía sus mandíbulas.

—Tu lugar es ayudar en sus muchas tareas a Gregory Foster, porque en los dédalos delictivos, sólo los profesionales sabemos andar; nosotros, los que Racine llama los caballeros de la policía, y ellos… que también, mal me pese, he de reconocer pueden ser caballeros del negocio turbio. Él entregó a Gordon, y su ley especial le impedía delatar a la policía, la posibilidad de que Xavier Gordon matase a Stanley y a Sybil. Si te empleó… fué porque… tenía su excusa en un amor… Ante la Ley, no siguió los pasos de un criminal, sino la marcha a ciegas de un Simon Foster, juguete del verdadero criminal: Xavier Gordon.

—En su pasado, ¿se dedicó exclusivamente a coger margaritas en los floridos prados?

—Hay peleas en los bajos fondos, en las que el vencedor nunca es delatado, y la policía, agotados sus medios de demostrar la culpabilidad, ha de admitir que entre ellos, tienen también su

justicia.

—Va a resultar que mi futuro cuñado, es digno de la canonización.

—¿Futuro cuñado? Estarán volando ya hacia las Bermudas. Tú bebiste cuatro copas, y él una sola. Sterling Racine ha sido un contrabandista de envergadura, y posiblemente la Tesorería se quedará con la mayor parte de sus bienes, que ha declarado espontáneamente. Tiene un afán enorme de ser un ciudadano corriente.

—¿Como despedida le abrazarías, no?

—No pude llegar a tanto. Me limité a desearle buena suerte, tras explicarle el cambio realizado en el frasco de las grandes ceremonias. No se sintió muy generoso contigo, pero admitió que tenías derecho a creerte ofendido. El tiempo pasará... y se extinguirá la leyenda que él mismo contribuyó a exagerar, porque le servía para sus fines. Tal vez también con un extraño orgullo, de ser en su ambiente, el más distinguido.

—No voy a luchar ahora contra todos vosotros, y reconozco que Sterling posee una simpatía rara, casi diría que subyugaba al hablar de sus deseos de purificarse. Pero... ¿y la última jugada? ¿No llamó a mi padre para verle a las tres, y a las cuatro saltaban dinamitados todos sus asociados del contrabando de joyas? Era una jugada muy sucia.

—No lo era. Llamó a tu padre... sin saber que alguien estaba colocando un mecanismo en su coche, destinado a él, y sus dos escoltas. Fué el abogado Patterson el que propuso que todos se fueran en el coche de Racine para dejarle en su casa de Madison, y dedicarle una serenata de despedida.

—Pero ¿quién entonces... hizo...?

—Elsa Stanley.

Simon Foster al oír los dos nombres, se sobresaltó:

—¡Dios mío! ¡Elsa!...

—Ella siempre creyó que Racine pervirtió a su esposo. Nunca le dijo Robert Stanley que fué él mismo quien buscó a Racine, porque sin éste no podía realizar el gran negocio de adquirir a bajo precio joyas de refugiados en el Canadá, y transformarlas en talleres montados a cubierto de toda indiscreción. Es cierto también que Stanley robó a Gordon un invento acerca de un dispositivo

electrónico, que servía para abrir desde lejos la puerta de un garaje, poner en marcha una radio y a la vez, hacer sonar aparato de alarma en el propio coche, si éste era conducido por otro que no fuera el propietario, y se olvidase por lo tanto de cerrar el dispositivo, al arrancar el coche. Elsa Stanley creyó siempre que fue Racine quien mató Stanley, y lo siguió hasta el «Sunbeam»… colocando el mecanismo de relojería, que Stanley le enseñó para usos hogareños. Ella sustituyó con cartuchos de dinamita, lo que en su casa eran timbres de alarma, que funcionaban al pisar cierto resorte. Un resorte que conectó con la ignición del coche.

—Pobre Elsa… La justicia habrá de admitir que la leyenda que Racine se creó, extravió a la pobre mujer.

—Elsa Stanley no quiso sobrevivir. Ayer noche a las once, fue encontrado su coche, abandonado cerca del cementerio de Apple Creek. Me avisaron. Tenía en el bolsillo de su abrigo, la declaración escrita de su acto. No pensó que morirían otros. Admitía que la debilidad de carácter de Robert Stanley ante las proposiciones de Racine, le hizo seguir un camino deshonroso. Ya era tarde para decirle a Elsa, que fue el propio Stanley quien… En fin, tu amigo Stanley es el único responsable de todo esto. Ganaba bastante dinero con sus patentes y representaciones. No debió tampoco burlarse de Gordon, tras robarle, diciéndole que el día menos pensado huiría a Europa con Sybil. Ah… Antes que se me olvide… Me dió Racine esto para ti.

Richard Trevor tendió un sobre pequeño. En su interior, en una tarjeta, al dorso del nombre:

STERLING RACINE

Leyó Simon Foster:

> «Tardaremos en vernos, cuñado. No es consejo, sino comentario: No aceptes nunca una copa de mis manos. De todos modos, gracias. Contribuiste a que Joyce y yo nos diéramos cuenta de que estábamos predestinados. Con el tiempo, espero que nos toleremos sin rencor mutuo».

Simon Foster revistió ropas de severo corte impecable, y presidió consejos de administración.

Cada cual nacía con su destino escrito.

En la comida de celebración de un empobrecido, pero corriente ciudadano del Wisconsin, la aparición del licor de fresas, hizo que Sterling Racine mirara a Simon Foster, el cual solemnemente envarado en su plastrón, comentó:

—Mi cuñado y yo preferimos una copa de coñac «Curvoisier» ¿no es así, Sterling?

—Así es, Simms.

Esta fué la única alusión de ambos a un pasado truculento, barrido por un presente normal de tranquilos y corrientes ciudadanos del Wisconsin.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN **PIMPINELA**

Núm. 325 - Carlos de Santander.
▪ FALSO TRIUNFO
Núm. 326 - Amparo Lara.
▪ ¡QUE SABES TÚ!
Núm. 327 - Isabel Salueña.
○ LLAMITA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN **MADREPERLA**

Núm. 221 - Matilde Redón Chirona.
▪ MAGNOLIA
Núm. 222 - Sergio Duval.
▪ EL BESO FATÍDICO
Núm. 223 - Carmen Parra.
○ LORD CARRINGTON

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN **ROSAURA**

Núm. 165 - L. Masota.
▪ ABNEGACIÓN
Núm. 166 - M.ª del Pilar Carré.
▪ DIARIO DE UN HOMBRE SOLTERO
Núm. 167 - María Nieves Grajales.
○ EL CÍNICO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN **AMAPOLA**

Núm. 51 - Trini de Figueroa.
▪ DÍA DE EXAMENES
Núm. 52 - M.ª Adela Durango.
▪ EL ESPEJO HABLÓ
Núm. 53 - Corín Tellado.
○ ES MI MARIDO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN **BISONTE**

Núm. 266 - Mark Lugger.
▪ BELLEZA MALDITA
Núm. 267 - Kent Wilson.
▪ LA HORA DE LA VENGANZA
Núm. 268 - Sam Fletcher.
○ DESTINO DE GUN-MAN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN **DETECTIVE**

Núm. 9 - Ricky Drayton.
▪ PAPELETAS SANGRIENTAS
Núm. 10 - Arnold Briggs.
▪ EL ÍNDICE ASESINO
Núm. 11 - Victor Peterson.
○ EL CASO DE LAS NOVIAS RABIOSAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN **SERVICIO SECRETO**

Núm. 130 - Jim Tell.
▪ LOS MUERTOS NO HABLAN
Núm. 131 - Tony M. Tower.
▪ MISIÓN EN CASABLANCA
Núm. 132 - Peter Debry.
○ EL PLAN "ERIZO"

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN **ALONDRA**

Núm. 4 - Lia Ramos.
▪ EL SECRETARIO DE LORD HEISLER
Núm. 5 - Marilyn.
▪ UN CORAZÓN DE HIELO
Núm. 6 - Trini de Figueroa.
○ MÚSICA DE ESPUELAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

▪ Últimos volúmenes aparecidos.　　○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**